

La Que Nunca Fue

"¿Con quién gastarías tu séptima vida?"

Noelia Hontoria

**Lo que
nunca fue**

Noelia Hontoria

Copyright © 2017 Noelia Hontoria
Registro Propiedad Intelectual
Todos los derechos reservados
© Lo que nunca fue

También disponible en papel. Primera edición: Julio 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A Golfo y Nora,
por todo lo que fuisteis.*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[EPÍLOGO](#)

Capítulo 1

Madrid, año 2.073

*“Y cuando te sigues desvelando cada noche pensando en ella.
Y cuando aún miras sus fotos sin que nadie te vea.
Y cuando todas las canciones todavía llevan su nombre.
¿Cómo le llamarías a eso?”.*

“Así que la vida era esto”. Cualquiera que estuviera en mi lugar, se habría tomado aquello de una forma muy diferente. Pero siempre he sido un loco. Un loco bien cuerdo. Un kamikaze de la vida, una persona de las que tienen la piel intacta y el alma llena de cicatrices.

Vuelvo a acariciar el sobre color ocre que el doctor me ha entregado hace un par de horas, cuando acudí a su consulta para recoger los resultados de mis controles rutinarios. Con ochenta y siete años uno ya no está para descuidarse. Siempre he gozado de una buena salud, por suerte nunca he tenido que pasar por un quirófano ni preocuparme más allá de tomar un par de Ibuprofenos para el dolor de cabeza o una gripe estacional en el peor de los casos. Pero el tiempo no pasa en balde para nadie. *“¿Cómo estará ella?”*. Y de nuevo, sonrío. Porque ella es de ese tipo de personas que siempre te dibujan una sonrisa en la cara. A pesar de todo. *“Maldito viejo loco, ni en esta situación puedes dejar de pensar en ella. Estás pirado. Siempre lo has estado”*. Un ataque de tos interrumpe mis pensamientos y escucho como a lo lejos del pasillo, los pasos apresurados de Pablo y Amanda se dirigen hacia mi habitación.

—Abuelo, ¿estás bien?

—¿Ya os ha mandado vuestra madre otra vez para que vengáis a vigilarme?

Estos chicos son adorables, aunque en cierto modo me molestan tantas atenciones. Nunca me han gustado los protagonismos ni que la gente se preocupe demasiado por mí. Pablo y Amanda son mis nietos, los hijos de mi primogénita Marta. Cuentan con diecisiete años de edad y lo que a mis ojos es toda una vida por delante. A pesar de ser mellizos, no se parecen en nada, ni en carácter ni en aspecto. Pablo es un buen partido, un chico sensible; Amanda tiene un corazón de oro, pero también una alegría innata que le hace parecer algo alocada. Y yo, como abuelo suyo que soy, sé que no es solo cosa de la edad. Reconozco en ella ese empuje por vivir que yo mismo sigo teniendo.

—¿Qué te ha dicho el médico, abuelo? ¿Todo bien?

—Sí, todo marcha bien —miento—. Pero no quiero que os preocupéis tanto por mis achaques. Ya sabéis que a este viejo loco también le llegará la hora más temprano que tarde.

—No digas eso. Todavía te queda cuerda para rato. ¿Qué es ese sobre?

—Nada, son solamente recetas —me apresuro a guardarlo en el cajón de la cómoda de mi habitación—. Pablo... Amanda... Me acabo de dar cuenta de algo. Nunca os he contado mis batallitas.

—¡Claro que sí! Nos sabemos de memoria tus historias. Cómo llegaste a Berlín, cómo triunfaste en la música, tus viajes, tus premios, todos los famosos que conociste...

—Banalidades. Me refiero a que nunca os he hablado de mis batallitas de verdad. Esas historias que, cuando somos jóvenes, nos hacen prometernos a nosotros mismos que nunca se las contaremos a nuestros nietos. Lo que realmente importa. Me apetece compartirlo con vosotros.

—¿Por qué ahora?

—Bueno, digamos que la lluvia me pone melancólico. Y que no quiero que este secreto se venga conmigo a la tumba. Aunque está en cada una de las canciones que he compuesto, sí. Pero de qué sirve esconder un tesoro si no va a haber nadie que se atreva a buscarlo... o peor, que quiera hacerlo. ¿Queréis escuchar la historia de amor más bonita del mundo?

Noto que los ojos de mis pequeños se iluminan. Sé que en este momento piensan que les voy a hablar de su abuela, la dulce y buena de Claudia. Qué ilusos. Y qué inocentes. Ojalá que conserven esa magia durante muchos años. La vida todavía no les ha enseñado que las historias de amor más bonitas son las que no tienen final feliz. Aunque yo prefiero pensar que, sencillamente, no tiene final algo que nunca dejas de sentir.

Capítulo 2

Berlín, año 2.016

*“Ten debilidades. Sé humano.
Pero elige una que merezca la pena”.*

Como cada día, el S-Bahn de las ocho de la mañana llegó puntual a las vías de Charlottenburg. Sin embargo, Aarón no se subió en él. A pesar de no ser alemán, ya conocía perfectamente el ritmo de vida del país tras ocho años en aquella ciudad que tanto le había dado. Y sabía que la primera semana de Septiembre, era mejor ganar unas horas de sueño para evitar las aglomeraciones que se formaban en el metro a las ocho. A esa hora, periodistas de medio mundo tomaban la ciudad a golpe de tren en dirección a la parada de Messe Süd para comenzar una jornada de trabajo maratónica. Charlottenburg, a tan solo dos paradas del destino final, se convertía entonces en un hervidero de asiáticos, americanos, ingleses y algún que otro español que intercambiaba miradas cómplices con Aarón al detectar en él ese innegable aire madrileño que el paso del tiempo y sus nuevas costumbres no habían logrado arrebatarse. El gran evento europeo de la tecnología, con un impronunciable nombre alemán pero resumido en las siglas IFA, cada año hacía correr ríos de tinta en todo el mundo y la carrera de los periodistas por conseguir las noticias antes que nadie, comenzaba en las estaciones de transporte público.

Por suerte para Aarón, su trabajo le permitía cierta flexibilidad de horarios y, en circunstancias excepcionales como aquella, podía tomarse el lujo de comenzar un par de horas más tarde. Era músico. Pero de los de verdad. De los que un buen día lo dejaron todo, absolutamente todo, para buscar una oportunidad. De los que apostaron por su sueño y ganaron. O eso le gustaba pensar a él. Porque con cada decisión que tomamos, irremediablemente siempre estamos renunciando a otros caminos, a otras vidas. Podemos pensar que hemos acertado, que todo nos va bien y que hicimos lo correcto. Pero, ¿cómo podemos hacer ese juicio de valor tan a la ligera sin conocer el desenlace que hubiesen tenido las otras alternativas?

Una de las ventajas de haber decidido madrugar menos esa semana, es que podía despertarse a la vez que Claudia. El despertador de ambos sonó a las ocho y media y Aarón no pudo evitar sonreír al ver a esa dulce mujer que refunfuñaba a su lado. Se sentía el hombre más afortunado del mundo por ser

su marido. Claudia le aportaba paz, calma. Claudia era su todo. La quería más que a nada en el mundo, aunque su mente siguiera volando traviesa cada noche hacia Madrid, buscando en la distancia los brazos de aquella otra mujer que en algún breve instante de la vida fue su cómplice. Su otro todo. El gran secreto de su vida.

Ni siquiera Brad, su mejor amigo, conocía de la existencia de Amanda. Nadie habría entendido su historia. Ni él mismo lo comprendía al principio pero, tras muchas canciones, tras muchas lunas y tras muchas conversaciones consigo mismo frente a una copa de ginebra sin hielo, por fin había conseguido dejar de sentirse culpable. La eterna batalla mente versus corazón. Hacía ya tiempo que había decidido rendirse y asumir que nunca lograremos reconciliarlos.

Aarón y Claudia intercambiaron un par de sonrisas cargadas del amor y el cariño más sincero que pueden regalarse dos personas. Hacía ya tres años que habían contraído matrimonio y sus sentimientos seguían latentes, inalterables, idénticos a aquella soleada tarde en la que se prometieron amor eterno. Pero Aarón, que le había escrito mil y una veces al amor, sabía lo efímero que puede ser lo eterno, y al revés. *“Los amores eternos son los más breves”*, en alguna canción dedicada a la misma chica de siempre, Aarón había hecho propia aquella popular cita de Mario Benedetti que refleja esa brecha temporal de la que no solemos ser conscientes.

Claudia fue la primera en salir de la cama aquella mañana. Al contrario que Aarón, ella sí tenía un horario fijo y quedarse dormida o retozar un rato más entre sábanas no era una opción. Trabajaba como investigadora en una famosa compañía farmacéutica en Berlín y a pesar de lo mucho que le gustaba su trabajo, aún no se había acostumbrado a la excesiva responsabilidad que conllevaba su puesto. Un despiste inoportuno podría llevarse por delante toda su reputación y tirar por la borda años de sacrificio y absoluta dedicación.

Alemana de nacimiento, conoció a aquel músico una noche de Septiembre de hacía ya ocho años. Claudia le había estado enseñando la ciudad a su amiga Noa, que vino a visitarla desde Frankfurt y, cuando se dirigían a casa desde la estación de Hauptbahnhof, al norte de la ciudad y muy cerca de la zona turística, parar a tomar el último mojito en una carpa provisional instalada con motivo de algunas fiestas, le cambió la vida. Sobre

el escenario, un tímido español con una guitarra y una sensibilidad que nunca antes había visto, consiguió despertar su curiosidad. Fue mutuo, y aunque lo suyo fue una historia que se fue gestando poco a poco, desde que Claudia se presentó a él tras el concierto, no habían dejado de estar nunca juntos.

—¿Quién es tu musa? —preguntaba siempre Claudia, curiosa ante las letras tan cargadas de sentimientos con las que Aarón siempre volvía a enamorar a propios y extraños.

—La vida.

Y aunque la respuesta nunca llegó a convencerla, con el paso del tiempo aceptó que su ya marido, tenía una sensibilidad especial y que realmente era la vida la que le inspiraba a componer como si cada día le volvieran a romper el corazón. Las letras y las melodías de Aarón siempre reflejaban un halo triste, una historia inacabada, una conexión con algo o alguien que no eran ni por asomo el reflejo de una persona feliz. Porque por encima de todo, Aarón era muy feliz.

Aquella mañana, Claudia preparó café para dos y descorrió las cortinas de aquel viejo apartamento ubicado en la primera planta del número 27 de Windscheidstrasse. A pesar de suponerse una vivienda antigua por sus altos techos y su estilo arquitectónico, era el hogar perfecto para ambos. En una zona tranquila, pero céntrica a la vez, muy cerca de una de las paradas principales de metro y muy bien conectada con el resto de la ciudad, el ambiente del vecindario era exquisito. Supermercados, tiendas y un sinfín de terrazas donde disfrutar de un litro de cerveza alemana mientras las avispas revolotean alrededor, animadas por el olor a cebada, Claudia y Aarón habían hecho de él su nidito de amor. Sin embargo, eran conscientes de que deberían buscar algo más grande cuando la familia creciera.

Les gustaba su apartamento por esa sensación familiar que les inspiró desde el momento en que lo vieron por primera vez. La cocina no era especialmente grande y a pesar de tener que subir unas escaleras para acceder al cuarto de baño, la única parte de la casa que incomprensiblemente estaba en las alturas, el gran salón con acceso a una pequeña pero acogedora terraza y aquella chimenea dentro de la habitación de matrimonio, lograron enamorarles desde el primer día. Poco a poco, habían ido adaptando la decoración a sus gustos, aunque decidieron mantener ese aire a las viejas glorias berlinesas que

hacían de él un apartamento especial.

Cuando Aarón por fin salió de la cama, Claudia le ofreció su café recién hecho y un par de tostadas con aceite de oliva y tomate, una de las recetas que había adoptado de la excelente gastronomía española que su marido se había encargado de darle a conocer.

—Gracias cariño, pero no me malacostumbres, que al final voy a querer despertarme todos los días a esta hora solo por tus tostadas.

—No seas pelota y ponte en marcha, que vas a llegar hoy tardísimo al estudio y no vas a aprovechar el día.

—Prefiero eso a tener que lidiar con esa marabunta de periodistas en celo. Nunca he comprendido por qué llevan siempre esa cara de estresados por la mañana y de cansancio absoluto por la noche. Y sin embargo, siguen aprovechando los minutos muertos de viaje en el metro para sacar la tablet y seguir tecleando en lugar de disfrutar de los paisajes.

—Están hechos de otra pasta, como tú, que te puedes pasar noches enteras componiendo. ¿Qué me dices de eso?

—Ya sabes que los artistas somos un poco gatos y es por la noche cuando mejor maullamos —le dedicó una sonrisa pícaro mientras imitaba el sonido de un felino con muy poco acierto.

—Anda, anda, recoge tú la cocina, por favor, que al final la que va a llegar tarde voy a ser yo. Hoy saldré tarde, recuerda que es la reunión anual con el vicepresidente de la compañía que viene desde Londres y probablemente tengamos que quedarnos a tomar algo después de la presentación de cuentas. Intentaré no tardar demasiado.

—No te preocupes, yo también quiero aprovechar para adelantar trabajo en el estudio. Tengo que terminar unos arreglos de las nuevas canciones que me han comprado, van a ser todo un éxito, lo veo, lo huelo.

—No me vas a dejar escucharlas, ¿verdad?

—Sabes que no.

—Eres... malo, muy malo, señor Martínez —y, dándole un beso, cogió su chaqueta de punto fino—. Nos vemos por la noche. ¡Te quiero!

—¡Yo también! No te olvides de... —antes de poder terminar la frase, su mujer ya se encontraba descendiendo a toda prisa por las escaleras y Aarón no pudo evitar sonreír ante la energía y espontaneidad de Claudia, una de las características que más le gustaba de ella—. Da igual. En fin, Aarón —se dijo

a sí mismo, mirándose en el espejo del recibidor—, vamos a por otra jornada, hoy presiento que va a ser un gran día para nosotros.

Comprobó que llevaba encima el bono del metro, cogió sus llaves y su carpeta con las nuevas letras y salió con paso tranquilo. Le encantaba pasear bajo el sol del septiembre berlinés, para él, esta era la mejor época del año en la ciudad. Los primeros rayos de la mañana aportaban el punto justo de calidez, la temperatura perfecta para mantener el fulgor de los corazones enamorados y para abrazar a aquellos que se sentían más solos. Se adentró en la estación de metro de Charlottenburg y subió las escaleras para después torcer a la izquierda y parar en su andén. Todavía se veía algún que otro periodista despistado y poco madrugador pero, por suerte para él, ya no había ningún embotellamiento. En la pantalla, comprobó que su vehículo llegaría en apenas un minuto. Sin duda hoy era su día de suerte.

Mientras echaba un vistazo disimulado a los titulares del periódico que portaba en su regazo el chico que se encontraba a su izquierda, notó una mano posarse sobre su hombro con delicadeza, mientras una voz dulce y agradable, en un torpe intento de hablar alemán, le preguntaba con timidez:

—Perdone... metro... Messe Süd... esto... ¿aquí? ¿hier?

Se giró, dispuesto a contestar con un sencillo “*sí, aquí es*”. Pero, al volver la cabeza y encontrarse con los ojos de aquella despistada turista, perdió el habla. No podía ser cierto.

Capítulo 3

*“Es solo una sonrisa, me dije.
Es solo una caricia, me convencí.
Es solo un cosquilleo, dudé, pero seguí.
Pero ahora, quiero esa sonrisa,
esa caricia, esas cosquillas.
Porque al final,
nada vale tanto como ese abrazo
que, en silencio,
nos pide que nos quedemos un poquito más”.*

Era ella. Sin duda, era ella. Su musa. El amor de su vida. Su fuente de inspiración. La mujer a la que sus pensamientos seguían acudiendo cada noche. La piedra con la que siempre volvería a tropezar. Era ella y, ahora, tras soñarla tantas veces, tras imaginar tantos desenlaces diferentes, tras dedicarle a escondidas, como un vulgar perdedor, todas sus mejores canciones, la tenía de nuevo frente a él. Y él, acostumbrado a plasmar en papel sus pensamientos y sentimientos más profundos, no supo que decir. Se quedó sin habla.

Había cambiado tanto... Pero seguía preciosa. Su pelo negro reflejaba un sol que ahora le parecía aún más bonito; sus ojos, estaban hechos del mejor café que nunca podría tomar alguien; su cuerpo, ligeramente más ondulado, seguía joven y derrochando vida en su metro setenta. Habían pasado ocho eternos años, treinta y dos estaciones y casi tres mil noches sin saber nada de ella, y aunque su rostro, su pelo y su ropa reflejaban inevitablemente ese paso del tiempo, la habría reconocido incluso aunque hubieran pasado siete vidas. Nunca se olvida a aquel a quien tu corazón ha pertenecido. Basta una mirada o un olor para que todo se vuelva a derrumbar.

No sabía cuanto tiempo llevaba prendado de su mirada, lo más probable es que hubieran pasado solo unos segundos, cuando la joven interrumpió aquel estado de embriaguez.

—No me lo puedo creer... —no pudo evitar que se le escapara esa risa floja que siempre había sido tan característica en ella—. ¿Aarón? ¿De verdad eres tú? Joder sí, claro que eres tú. ¡Ey! ¡Dime algo!

—Amanda... —su nombre regresó a sus labios y en su interior se volvió a abrir la caja de Pandora.

—Es increíble que nos hayamos encontrado, sabía que vivías en Berlín... bueno... imaginaba que seguirías aquí, pero ni por asomo pensaba que nos podríamos encontrar. Dame dos besos, ¿no?

Era el primer contacto de su piel tras ocho años y las mariposas de ambos volvieron a resucitar. O quizás nunca habían muerto y solo estaban esperando a que las casualidades de la vida las despertaran de su letargo.

—Claro que sí. Estás muy... vaya, no sé qué decir —ahora era él quien no podía evitar que se le escapara la risa tonta. Volvía a sentirse como un adolescente—. Me alegro mucho de verte, ¿estás bien?

El S-Bahn llegó a la estación y rompió esa mágica conexión que sus ojos habían creado. En silencio, de pronto ambos comprendieron que definitivamente sí, hay trenes que te cambian la vida y, a partir de ahora, para ellos esa metáfora iba a ser más literal que nunca. Un tren los había vuelto a unir. Malditas casualidades. Volvía a ser en un andén, donde algún día sus pasos se separaron, donde ahora se volvían a encontrar. Menos inocentes, menos enamorados (o eso querían creer), pero con la ilusión intacta de las almas que descubren que aún queda mucho por vivir. Siempre queda tanto por vivir...

En esta ocasión, fue Aarón quien volvió a tomar la palabra:

—¿Vas a Messe Süd? Sube conmigo, ese también es mi destino. Son solo dos paradas.

Se sentaron uno enfrente del otro, contrayendo sus rodillas para no rozarse por accidente. Sabían que un chispazo entre ambos, podía generar suficiente energía para desbocar por completo aquel viejo tren. Tras la emoción inicial, tomar asiento y comenzar a asumir el reencuentro les ayudó a calmarse. De nuevo, estuvieron unos segundos sin hablar, tan solo disfrutando de la mirada más sincera y limpia que se le puede dedicar a una persona. Esa mirada que prefieres que sea silenciosa y que esté vestida tan solo con una media sonrisa, porque sabes que cualquier palabra siempre se quedaría corta. Cuánto cambiaría el mundo si desde pequeños nos enseñaran también el lenguaje de las miradas...

—¿Qué te trae por Berlín?

—Vengo a hacer un reportaje gráfico de IFA. No es lo que más me gusta fotografiar, pero estos eventos se pagan bastante bien, ya sabes...

—¿Así que al final sí has conseguido ser fotógrafa? ¿Trabajas para algún medio?

—Sí y no. Vendo mis reportajes y la verdad es que al final se les saca más partido que si directamente te contrata una empresa al uso.

—Me alegro mucho que hayas conseguido todo lo que querías —al

pronunciar esta frase, los dos bajaron la mirada. Ni mucho menos ninguno de los dos habían logrado todo lo que alguna vez quisieron. Al apartar la vista de ella, observó su mano posada delicadamente sobre los vaqueros de Amanda. Nunca se acordaba de si el anillo de matrimonio iba en la mano izquierda o en la derecha—. ¿Casada?

—No, sigo soltera, pero tengo pareja.

—Un chico afortunado.

—Y tú... ¿tú estás con alguien?

El metro llegó a la parada en la que Aarón y Amanda debían bajar. Aarón le abrió paso caballerosamente y, en silencio, subieron las escaleras que conducían hasta la calle principal. Sin ninguna duda era una de las paradas más bonitas de Berlín, rodeada de frondosa naturaleza y con el buen gusto de la sencillez, un lugar perfecto para que sus viajeros pudieran reencontrarse consigo mismo tras un día de obligaciones más o menos deseadas.

Aarón le indicó el camino más corto para acceder a los pabellones de Messe Berlín, el imponente recinto donde cada año se celebra el popular evento de tecnología. Su estudio de grabación se encontraba apenas a dos minutos de Messe, por lo que decidió acompañarla hasta la puerta habilitada para el acceso de prensa.

—Bueno, llegamos. Mucha suerte, Amanda.

—Gracias, ha sido una gran sorpresa encontrarnos, me ha gustado mucho —y con cada nueva sonrisa, las mariposas de su interior crecían más y más—. Lástima que el camino haya sido tan corto, al final solo he hablado yo y no sé nada de ti. No me has contado ni a qué te dedicas, ni cómo te va en Berlín...

—Es lo bueno o lo malo de vivir tan cerca del trabajo. ¿Quieres que...? Bueno, no sé si será adecuado. Pero si puedes y quieres, podríamos tomar algo antes de que te marches y nos ponemos al día. ¿Hasta cuándo estarás?

—Solo una semana. Sí, ningún problema. ¿Cuándo te viene bien?

—¿Hoy? ¿A las 19h? ¿O es muy precipitado?

—Estupendo, así me despejo de estar todo el día encerrada entre esos muros. ¿Nos vemos aquí mismo?

—Genial —torpemente, intercambiaron dos besos tímidos y se despidieron con la mano mientras Amanda entraba en la gran mole de chapa y

crystal y Aarón se quedaba allí plantado, con esa sonrisa delatadora que siempre lleva un nombre mal escondido tras ella.

Aarón se pasó el resto del día metido en el estudio, pero no consiguió concentrarse. Ella volvía una y otra vez a su cabeza. Había quedado con ELLA. Con la razón de sus desvelos, con la chica que dejó pasar ocho años atrás y que ahora el destino la había vuelto a poner en su camino tan solo durante una semana. Siete días. Qué jodido cuando el amor tiene fecha de caducidad. Siempre nos preguntan qué haríamos si supiéramos que vamos a morir mañana y casi todo el mundo tiene siempre la respuesta, pero... ¿por qué cuando sabemos que alguien se irá de nosotros en unos días, seguimos perdiendo el tiempo?

Como si de una señal del destino se tratara, en la radio comenzó a sonar una canción de salsa que hizo que, de pronto, Aarón despertara de su letargo.

“Yo no sé mañana, si estaremos juntos, si se acaba el mundo. Yo no sé si soy para ti, si serás para mí. Esta noche estamos vivos, solo este momento es realidad”.

Habían sido tantas noches soñando con su Amanda, con aquella chica inocente que dejó en Madrid, que ahora al verla convertida en una preciosa mujer sintió miedo de sí mismo. De convertirse en todo aquello que siempre había detestado. De hacerse daño, de hacerle daño.

Claudia... Mierda. Al acordarse de ella, se sintió tremendamente culpable de haber respondido, por fin, a la pregunta que tantos años le rondó la cabeza. *“Si Amanda volviera a aparecer en mi vida, ¿le cedería un hueco?”*. Ahora lo tenía claro: le daría hasta el último resquicio de su alma si fuera necesario. Pero hacerle daño a Claudia no era una opción. Sin embargo, como dice la letra de aquella canción, no sabemos qué pasará mañana, solo sabemos que es real lo que ahora vivimos. Y Aarón sabía que quería volver a ver a aquella mujer cada segundo de los próximos siete días. Recordó aquello que le prometió a Claudia que perdonaría y olvidaría y, aunque no era excusa, le sirvió para aceptar que todos somos humanos. Le tocaba a él romperse y volver a encontrarse.

Siete días y volvería a perderla. Sabía que con su marcha volvería a abrir heridas que realmente nunca se cerraron. Pero prefería marcarse el alma

de por vida si con ello podía tenerla por un instante más. A veces, vale más vivir y perder, que solo respirar a medias.

Y, por primera vez en mucho tiempo, compuso una bella canción sobre un amor que, esta vez, sí terminaba bien. Una historia sobre aquellos que son capaces de construir un mundo solo para dos, sin pasado, sin futuro. Un mundo en el que solo importa el hoy.

Por su parte, Amanda trataba de concentrarse tras el objetivo, sin ningún éxito. Rechazó en un par de ocasiones las llamadas de su chico, no podía hablar con él mientras su mente estaba en otro lugar. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Por qué no dejaba de pensar en él? ¿Por qué miraba nerviosa e impaciente la hora esperando a su cita con su primer amor? Ya no sentía nada por él, o al menos eso lo tenía claro hasta entonces, aunque siguiera buscando su nombre en Google con bastante frecuencia para encontrar sus nuevas composiciones. Se sabía de memoria cada una de las letras que había publicado y, en silencio, soñaba con ser la protagonista de alguna de aquellas historias que conseguían erizar la piel incluso de los menos románticos. Su recuerdo seguía presente aunque su vida había avanzado y era feliz, o eso quería creer, junto a Marcos.

Cuando se sorprendía pensando en Aarón, siempre se respondía a sí misma que eran chiquilladas, el encanto de aquello que nunca pudo ser y que terminamos idealizando. A fin de cuentas, había sido una historia muy breve...

Apenas tenían dieciocho y veintidós años cuando empezaron a salir, tras conocerse en un campamento durante un verano. Pasaron juntos los mejores noventa días de sus vidas y después, él se marchó a Alemania buscando la oportunidad de su vida. Se hicieron los valientes decidiendo dejar la relación para que la distancia no les hiciera daño, sin saber que estaban tomando la decisión más cobarde del mundo. Morir por miedo a vivir, despertar por miedo a soñar... No se volvieron a escribir, no intentaron buscarse y se convirtieron en dos extraños con muchos recuerdos en común. Pero lo que ellos nunca supieron es que la música les seguía uniendo: él escribía para ella, sin saber que ella escuchaba las canciones de las que era su musa; ella, le pensaba un ratito todos los días, sin adivinar que le servía de inspiración constante.

Aunque se sentía repentinamente viva y feliz, no podía evitar sentirse también bastante culpable. Sin ninguna duda, a Marcos no le haría ninguna gracia saber que su novia andaba quedando con un viejo amor por el que aún sentía algo. Pensó en anular la cita, olvidar aquel encuentro fortuito y seguir su vida. Pero cuando el corazón se empecina en algo, la cabeza siempre encuentra el modo de darnos las excusas que queremos escuchar. A fin de cuentas, no hacen tan mal equipo como creemos.

Se dijo a sí misma que solo sería un café inocente con un viejo amigo, se contarían sus vidas y volverían al punto donde se encontraban justo antes de tomar aquel tren.

Y una vez más, ignoró a las mariposas. Ellas sabían la verdad. Con su cosquilleo en el estómago, trataban de decirle que sus días ya nunca volverían a ser iguales y que, sin quererlo ni pretenderlo, la historia de su vida había llegado a la siguiente estación y había montado en un tren del que ya nunca querría bajar.

Capítulo 4

“Todos locos.

Me lo dijo un día un buen amigo y no le creí.

Nos reímos de la locura,

nos emborrachamos de felicidad,

nos creímos los dueños del mundo.

Por un instante.

Como sucede con todas las cosas buenas de la vida.

Y ahora... ahora el loco soy yo”.

Puntual como siempre lo fue, a las siete en punto Aarón paseaba nervioso junto a las grandes letras instaladas en las inmediaciones del recinto. Dos periodistas españoles grababan un par de tomas sin demasiado éxito; él, como experto en sonido que era, estuvo a punto de acercarse a ellos para decirles que con ese equipo que portaban nunca conseguirían hacer nada decente, pero comprobó que ellos mismos se dieron cuenta y desistieron. Le pareció escuchar alguna broma sobre la mala pata que habían tenido al dejar los equipos en España y le gustó ver que aún queda gente a la que la pasión por lo que hacen le puede más que cualquier contratiempo y que aún todavía ponen empeño y ganas. Deberían existir más personas así en el mundo.

19.05h: Amanda no aparecía y Aarón, nervioso, comenzó a frotar las manos contra su camisa. La espera estaba haciendo que le sudaran más de la cuenta; su ritmo cardíaco se aceleraba ante la idea de volver a tenerla frente a él, esta vez de forma voluntaria y sin que el destino la pusiera en su camino sin poder decidir si quería volver a abrir sus heridas en carne viva o si prefería mantener la bonita cicatriz de una vieja batalla.

De pronto, la vio salir. La ligera brisa berlinesa mecía su larga melena negra, lisa y suave, como siempre la había recordado. Su pulso volvió a acelerarse cuando ella le miró y le sonrió.

—Perdón por el retraso, es increíble lo grande que es esto. Lo que se ve desde fuera no es ni una cuarta parte de lo que contiene.

—No te preocupes, acabo de llegar. ¿Dónde quieres que vayamos?

—Sorpréndeme, tú eres el experto en esta ciudad.

—¿Tienes hambre?

—Me has leído el pensamiento —sonrió de forma traviesa, mientras los ojos de ambos seguían gritándose todo lo que sus bocas callaban.

—Acompáñame, vas a probar las mejores hamburguesas de Berlín.

Volvieron a tomar el S-Bahn e iniciaron el mismo camino de vuelta, apeándose en Charlottenburg. Caminaron durante cinco minutos y llegaron hasta un pequeño local que no llama especialmente la atención, pero que goza de una bonita y sencilla terraza que a los berlineses les gusta casi tanto como

su menú. Windburger siempre estaba lleno hasta la bandera por sus fantásticas hamburguesas a un precio ridículo. Aarón le aconsejó tomar una BBQ Burger, su preferida, y una de patatas para compartir. Las raciones eran enormes e incluso a él le costaba terminarlas. Tomaron asiento en una de las mesas de la terraza y, girándose sobre sí mismo, le señaló un balcón ubicado a tan solo unos diez metros:

—¿Ves esa terraza pequeñita? ¿En el edificio marrón? Ahí vivo yo.

—Es una calle preciosa. Me gusta.

—Sí, las vistas no son nada del otro mundo, pero me inspira mucho salir por las noches y escribir allí.

—¿Sigues en la música? —Amanda trató de disimular, habría quedado como una psicópata si le hubiera dicho que conocía todas sus canciones.

—Sí, aunque ya canto menos, solo lo que me sale en Berlín. Ir de ciudad en ciudad cada vez me cansa más. Está bien para un año, dos, tres... pero al final echas de menos poner los pies en la tierra. Ahora me dedico sobre todo a componer.

—¿Y te va bien?

—Sí, la verdad es que no me puedo quejar —ambos sabían que le iba más que bien y que su éxito como compositor era internacional, pero a Aarón nunca le gustó presumir de sus logros.

—Me alegro mucho. Ese era tu sueño, ¿no? Por eso lo dejaste todo. Me alegro de que lo hayas conseguido y haya merecido la pena.

Sonó a reproche, a rabia contenida por no haberla incluido nunca en sus planes, por no haber querido vivir esa gran aventura con ella. Pero no lo era. Realmente se alegraba de verle feliz, aunque tal y como sospechaba, esa felicidad no la incluía a ella.

Ambos se quedaron en silencio. Probablemente, sus mentes volaron hasta el Madrid de 2008 cuando compartieron el mejor verano de sus vidas. La mayoría de nuestros mejores recuerdos suceden en verano: las vacaciones en casa de los abuelos, el primer amor, ese viaje que hacemos con amigos y que marca un antes y un después en nuestra vida, las decisiones que tomamos bajo el sol y que aunque nunca lleguemos a cumplir son un claro reflejo de lo que realmente nos gustaría ser, las noches infinitas en alguna playa cuando parece que nunca va a salir el sol y realmente no nos importaría que así fuera...

El verano de 2008 fue para los dos el mejor momento de sus vidas. Aarón se había arrepentido en infinidad de ocasiones de no haberse quedado. Pero en aquel momento, él solo era un chaval dispuesto a todo por conseguir sus sueños, sin saber que las estrellas que más calor dan, nunca son las de un hotel. Amanda, también había lamentado no haber tenido el coraje de coger las maletas e ir tras él o, al menos, pedirle que intentaran una historia a distancia. Seguramente habría fracasado y el recuerdo no estaría tan idealizado, pero no seguiría sumándole años a su vida con la sensación de que no intentó aquello que más quería.

Paradójicamente, aunque ninguno había dejado de pensarse ni quererse, ambos habían encontrado un nuevo amor, quizás demasiado pronto. Aarón conoció a Claudia a las pocas semanas de llegar a Berlín, en uno de sus conciertos, y desde entonces no se habían separado aunque la relación fue madurando poco a poco; Amanda, celebró el Halloween de ese mismo año estrenando pareja y, aunque no duró demasiado, fue el primero de una larga lista de errores. A todos les encontraba algún fallo, quizás porque ninguno se parecía a él. Solo con Marcos había logrado sentir otra vez paz en los brazos de alguien y por fin se volvió a ver completa, aunque ahora, de nuevo frente a los ojos de Aarón, sabía que se había equivocado, que esa aparente sensación de enamoramiento y calma era tan solo una especie de morfina segregada por su corazón, harto de no encontrar quien rellenara el vacío que dejó aquel absurdo amor de verano. Tan solo llevaba un año con Marcos y ahora su seguridad comenzaba a tambalearse...

—Te has quedado muy callada, ¿en qué piensas? —Aarón interrumpió esos pensamientos kamikazes que estaban consiguiendo que se visualizara como una novia a la fuga.

—Nada. Solo en... Bueno, es una tontería, pero he recordado cuando nos conocimos. Me parece increíble lo rápido que ha pasado el tiempo, todo lo que habremos vivido y sin embargo aquí estamos, de nuevo como dos chiquillos frente a una hamburguesa.

—Quizás no somos tan diferentes a aquellos que un día fuimos —esta vez, Aarón no sonreía y su rostro reflejaba un halo de tristeza y añoranza. Él también fue muy feliz aquel verano—. ¿Sigues creyendo en el destino tanto como entonces?

—Más aún.

—¿Sabes? Yo siempre cojo el metro de las ocho de la mañana. Pero

hoy, para evitar las aglomeraciones de gente, lo he cogido más tarde. Si hubiera seguido mi rutina, probablemente nunca nos habríamos vuelto a ver y...

—Y habríamos seguido con nuestra vida sin saber el uno del otro, como hasta ahora.

—Exacto —le encantaba cuando aquella chica era capaz de completar sus frases. No había perdido ese don.

—Te va a sorprender aún más saber que Charlottenburg no es mi parada. He hecho un trasbordo un poco absurdo esta mañana. Si hubiese seguido directa, tampoco nos habríamos encontrado.

—Interesante, así que supongo que ha sido cosa de dos.

—¿Te espera alguien en casa? —a bocajarro. Tan directa como siempre, volvió a formular de otro modo la pregunta que se le quedó en el aire en aquel vagón de la mañana.

—Sí. Pero más bien la espero yo a ella. Lleva unas semanas algo nerviosa por una importante reunión que tiene justo hoy y llegará tardísimo. Si todo sale bien y logran cerrar un acuerdo que tienen entre manos, le espera otro mes de muchas horas extras.

—Bueno, dicen que después de la tormenta llega la calma. Seguro que vale la pena el esfuerzo. De ambos.

—Estoy seguro que lo conseguiré, es una chica estupenda. Te caería bien.

—Me alegra escucharte decir eso —y abriendo su bolso para revisar la hora en el móvil, añadió—: No quiero ser maleducada, pero creo que voy a marcharme ya a mi hotel, mañana madrugo mucho. Espero no hacer trasbordos innecesarios ahora que ya comienzo a entender el metro de esta ciudad.

—¿Está muy lejos? ¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias, de verdad. Son solo seis paradas desde aquí, me bajo en Friedrichstrasse y en algo menos de diez minutos caminando habré llegado. Está en pleno centro y aún es temprano, no hay ningún peligro. Ya has hecho bastante por mí acompañándome a cenar, tendrás mil cosas que hacer.

—Sabes que por ti haría lo que fuera —las palabras se escaparon de su boca como si él no fuera dueño de lo que decía. E inmediatamente, trató de romper el incómodo silencio que se había adueñado de la mesa—: ¿En qué hotel te alojas? ¿Quieres que te recoja mañana o pasado y te enseñe la ciudad?

—En Hotel De Rome, junto a Bebelplatz. Y no, de verdad, no quiero

molestarte más. Además, creo que no sería muy adecuado. Me ha alegrado mucho verte, no imaginas cuanto, pero creo que es mejor que se quede aquí.

—Entiendo. De todos modos, si cambias de opinión, ahora ya sabes dónde vivo.

—Gracias por la hamburguesa, estaba deliciosa. Y por tu compañía. Cuídate.

Y dándole dos besos que a ambos se les clavaron en el corazón, se marchó. Y esta vez, fue Aarón quien se quedó plantado con los pies clavados al suelo, viendo como el amor de su vida se volvía a marchar.

Le hubiese gustado decirle que ella seguía desvelándole cada noche, que sus pensamientos dormían y despertaban a su lado. Que nunca la perdió... quizás porque nunca la tuvo. Le hubiese gustado decirle tantas cosas... y sin embargo, una vez más, no se atrevió.

Los pasos de Amanda se perdieron al doblar la esquina de Stuttgarter Platz y todos los relojes de la vida de Aarón se volvieron a detener.

Capítulo 5

Madrid, año 2.073

*“Lo peor que te puede pasar,
no es querer irte de un sitio o de unos brazos.
Lo peor es no saber si esperar un poco más”*

—Entonces, ¿no la volviste a ver? ¿Se fue y ya está? —Pablo, con sus vivarachos ojos y su impulsividad natural, sigue mi historia con un entusiasmo que me sorprende y agrada a partes iguales.

—Espera muchacho, todo a su tiempo.

—No lo entiendo, abuelo —esta vez es mi querida nieta quien me interrumpe—, ¿nos estás contando una historia de amor con otra mujer que no es nuestra abuela? ¿Y pretendes que nos parezca bonita?

—¡No seas aguafiestas, Amanda! Lo único que está haciendo es abrirnos su corazón. No lo estropees.

—¿Es que no te das cuenta que nos está contando que ha engañado a nuestra abuela toda la vida? ¡Pareces tonto!

—Vamos, chicos, no peleéis. Quizás los dos lleváis parte de razón. Pero os cuento esto no para que os quedéis en lo superficial. Ya sabéis que una de mis frases preferidas y que os he dicho mil veces es...

—Que ni los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos —sin duda mi nieto Pablo va a ser un gran hombre. Estoy tan orgulloso de él...

—Así es. Y ojo, no quiero decir que vuestra abuela no sea tan buena, todo lo contrario, es la mejor mujer que conozco. Lo pensé desde el momento en que la conocí y lo sigo pensando ahora, sesenta y cinco años después y toda una vida juntos a nuestras espaldas.

—¿Entonces?

—Quiero que con mi historia, aprendáis a abrir la mente y a no juzgar nunca a nadie sin haber andado en sus zapatos. Y que si alguna vez os ocurre lo mismo, que sepáis tomar la decisión más correcta. Haced lo que os haga feliz. Esa siempre es la respuesta.

—¿Acaso no has sido feliz? —mi pequeña nieta sigue algo escéptica.

—He sido muy feliz con vuestra abuela. Mucho. Por eso, si fuera un gato y tuviera siete vidas, pediría volver a vivir otras cinco a su lado. Pero nadie imagina cuanto daría por vivir aunque fuera solo una con Amanda.

—¿Amanda? —me río. Por fin he conseguido que los dos se pongan de acuerdo para hacer algo.

—Así es, cariño. Te llamas así por esa maravillosa mujer. Cuando mamá estaba embarazada de vosotros, nos mostró una lista de nombres y entre ellos estaba el tuyo. Cuando lo leyó en voz alta, no pude evitar que se me

saltaran las lágrimas al imaginar que podría tener por fin algo suyo, aunque solo fuera una pequeña parte de mí que llevara su nombre. Tu madre se dio cuenta de mi emoción y el nombre le sonó aún más bonito si era capaz de conseguir que al loco de su padre se le saltaran las lágrimas.

—Cuéntanos más, abuelo, ¿la volviste a ver en Berlín?

—Tras verla marchar, pasé un par de días muy mal. Pero de pronto recordé que me dijo que solo iba a estar una semana en Berlín. Ya había pasado casi la mitad y no podía seguir perdiendo el tiempo. La vida nos estaba dando una nueva oportunidad, con fecha de caducidad, sí, pero sabía que si no hacía nada, me iba a arrepentir aún más que si lo hacía. Así que decidí acallar a mi conciencia, que os aseguro que estaba más fuerte que nunca, y por una vez en mi vida, pensar solo en mí, en lo que yo quería realmente. Y entonces, al tercer día, me armé de valor y fui a la puerta de su hotel...

Capítulo 6

Berlín, año 2.016

*“Qué sabrán ellos,
los que juzgan,
los que señalan con su dedo,
los que dicen no haber errado nunca.
Qué sabrán ellos,
si nunca han andado en mis zapatos,
si nunca han perdido la cordura,
si nunca han volado.
Qué sabrán ellos,
los que nunca se han mirado en el espejo
y no han logrado reconocerse.
Qué sabrán ellos
de lo importante que es perderse,
para volver a encontrarse”*

Evidentemente, Aarón no se encontraba bien. Al día siguiente de su improvisada cena con Amanda ni siquiera se sentía con fuerzas de ir a trabajar, pero disimular ante Claudia y, sobre todo, la esperanza de volver a verla en el andén, fueron más fuertes que su incipiente frustración por saber que nunca iba a lograr ser feliz al cien por cien. No sin ella. Por suerte para él, Claudia estaba absorta en su trabajo y no se percató de que algo había cambiado en la mirada y en los besos de Aarón; la reunión había ido bastante bien y ahora tenía por delante unos días de auténtica locura. Como siempre decía ella, el buen trabajo tiene como recompensa más trabajo.

En el andén de Charlottenburg dirección Spandau, dejó pasar dos trenes, esperando verla en cualquier momento dentro del S-Bahn o mejor, equivocándose de nuevo de parada solo por verle. Pero al tercer intento se vio tan ridículo esperando por alguien que no quería esperarle a él, que decidió subir, no sin antes revisar de nuevo con la mirada el vagón al completo. Ni rastro de su perfume.

El sábado fue con Claudia a hacer la compra semanal, hicieron juntos las tareas de la casa y decidieron bajar a comer algo a las terrazas del barrio para no tener que cocinar. Claudia sugirió sentarse en el Windburger, donde hacía unos días había disfrutado de la presencia de Amanda, pero Aarón le quitó rápido la idea de la cabeza. No quería que nada modificara cualquier mínimo recuerdo de aquel encuentro. Al menos, no por ahora. Sugirió bajar hasta Dollinger, algo que a su mujer le pareció también una gran idea.

—¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Vas a aprovechar tus ratitos de soledad para componer algo nuevo o llamarás a Brad para tomar algo? Puedes decirle que se venga a casa, ya sabes que siempre es bienvenido.

—¿Esta noche? Oh... había olvidado que tenías la entrega de premios en Postdam. ¿De verdad no quieres volver para dormir? Está cerca.

—No sabemos a qué hora terminaremos y sale más caro coger un taxi que pasar la noche. Las chicas ya han reservado un hotel en la misma calle del evento. Sabes que no me gustan nada esos actos, pero...

—Lo sé, sé que forma parte de tu trabajo. ¿Se espera mucho postre?

—Dicen que estará plagado de blogueras. ¡No te digo más! —los dos rieron—. No sé qué pintan en una entrega de premios de medicina, pero... bueno, así es este mundo. Si no haces acto de presencia, no eres nadie. A ver si para la siguiente me puedo escaquear y que vaya el jefe.

—Sabes que al final lo pasarás bien —dijo un sorbo a su cerveza y de pronto, lo vio todo claro—. No te preocupes por mí, ya veré qué hago. Aprovecharé para componer algo o a unas malas, pediré pizza y me pasaré la noche jugando a videojuegos ya que tú nunca me dejas —le guiñó un ojo y de nuevo, bebió otro sorbo. Cuando se ponía nervioso y tenía una copa entre manos, no podía dejar de llevársela a la boca como si se tratara de un tic nervioso.

Pidieron la cuenta y, tras una brevísima siesta (otra costumbre española adquirida por Claudia), preparó una pequeña bolsa con el pijama, unos cuantos productos de aseo y ropa formal para la cena. Se despidió dándole un beso a Aarón, como siempre, y se marchó mientras él se quedó en el sofá mirando al infinito y sintiéndose la peor persona del mundo.

Lo iba a hacer. Iba a buscar a Amanda. Se la iba a jugar. Iba a vender sus principios, iba a convertirse en todo aquello que siempre criticó e iba a buscar a la mujer que le robaba el sueño para traicionar a aquella que dormía junto a él. Pero por encima de todo, a pesar de lo inmoral de su decisión, iba a ser leal consigo mismo, con lo que sentía y con lo que quería. Y cuando una persona toma una decisión que escuece tanto, ya no hay marcha atrás. No quería que el reloj siguiera matando sus horas. Ya había perdido demasiadas.

A las siete de la tarde, tomó de nuevo el metro dirección al centro, línea naranja hacia Friedrichstrasse. Allí, volvió a encontrarse con aquellos periodistas españoles que un par de días antes estaban tratando de grabar sin mucho éxito alguna toma en los exteriores de Messe. Esta vez mucho más relajados pero discutiendo acaloradamente sobre algún asunto de trabajo, parecía que por fin se iban a dar un respiro e iban a conocer la ciudad, o al menos, eso dejaban entrever el mapa de la ciudad y la guía turística que la chica llevaba en las manos.

Siempre le había gustado el transporte público, ya sea un autobús, un vagón de metro o un avión. Te hace compartir espacio y destino con personas radicalmente opuestas a ti, que por azares de la vida se dirigen al mismo lugar

con propósitos muy diferentes.

En su caso, nadie podría imaginar que iba en busca de su fuente de inspiración, dispuesto a llevarse el mayor golpe de su vida. Había tratado de desgranar mentalmente cada gesto, cada palabra que Amanda le dedicó durante el breve paseo en metro y durante la cena, pero si bien en un primer momento le pareció encontrar un brillo especial en su mirada, ahora podía recordar unos ojos indiferentes y una expresión corporal algo distante. Quizás solo se había alegrado de verle como quien ve a un viejo amigo, quizás su historia no significaba lo mismo para ella y con su presencia solo la iba a incomodar. Pero tenía que hacerlo. Se lo debía a aquel chaval de veintidós años que lloró tanto en el aeropuerto camino de Berlín porque en ese instante, en ese preciso momento, se dio cuenta del gran error que estaba cometiendo.

Y como siempre sucede con los errores que cometemos, nunca hay segundas oportunidades, nunca nada volverá a ser como podría haber sido, pero a veces, solo a veces, la vida nos permite resarcirnos un poco. Y este era el momento de Aarón.

Cuando descendió del metro, buscó en su móvil la dirección exacta del Hotel de Rome. No tenía pérdida: en pleno centro y con una fachada majestuosa, no por altura, si no por su gran belleza, sin duda era un lugar especial para una chica aún más especial.

Desde luego no le debían ir mal las cosas en el terreno económico. O eso creyó intuir al advertir la presencia de dos botones en la puerta perfectamente trajeados y un hall que parecía bastante amplio y lujoso desde la posición en la que él se encontraba.

Decidió esperar fuera: quizás ella ya se encontraba en su habitación disfrutando de un relajante baño de burbujas y pidiendo la cena al servicio de habitaciones sin intención de salir, probablemente seguiría trabajando o, la peor de las opciones, podría estar ya disfrutando del atardecer en la Puerta de Brandenburgo con algún imponente alemán que se le hubiera adelantado.

Desde la calle, pudo ver el maravilloso rooftop que coronaba el hotel. Una preciosa terraza que con la caída del sol encendía ahora sus luces cálidas, un lugar perfecto para disfrutar de la agradable temperatura que Berlín ofrecía aquel día.

Mientras pensaba en lo mágico que sería saborear una copa con ella en aquel lugar, cerca de las estrellas y con el centro histórico de Berlín como

telón de fondo, su corazón se aceleró. Solo acertó a ponerse en pie, en silencio, mientras la observaba plantada frente a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con una mezcla entre incredulidad, molestia e... ¿ilusión? ¿Aquello era ilusión?

—Hace una noche estupenda para salir a pasear. Y mis pasos me han llevado hasta ti.

—No sé qué decir, Aarón —que bonito sonaba su nombre en los labios de ella.

—No digas nada, solo acompáñame. Déjame enseñarte mi ciudad, mi vida, mi mundo. Déjame que vea como te enamoras de Berlín igual que lo hice yo desde el primer momento en que puse los pies aquí. Déjame formar parte de los recuerdos que te unirán siempre a esta ciudad. Y después, te prometo que si quieres, te dejaré marchar y no volveré a venir a tu puerta.

Ante aquella declaración, no había más que decir. Amanda aceptó la invitación sin hablar, solo con una sonrisa en sus labios y llenando de nuevo, sin que él lo supiera, aquel espacio de su corazón que tantos años estuvo vacío.

—¿Has visto algo de Berlín?

—He estado solo en Messe, en el Velódromo y en Haubentaucher, tomando fotografías en todos ellos.

—Señorita, déjeme hoy la cámara a mí y disfrute del mejor tour guiado por una de las ciudades más mágicas de Europa. Esta magia solo la pueden apreciar los ojos, no el objetivo —y tendiendo su mano, añadió—. Entonces, ¿me concede este paseo?

—Será un placer.

Regresaron sobre sus pasos y volvieron a tomar la línea naranja hasta Alexanderplatz, el punto de partida que Aarón había decidido para su visita express. Su intención era que, a partir de ahí, todo el recorrido lo hicieran a pie para que su acompañante pudiera apreciar toda la belleza de los rincones de la ciudad.

Sin duda, todo un acierto comenzar el paseo en Alexanderplatz. Un espacio abierto, moderno y con la Fernsehturm, la Torre de la televisión, uno de los símbolos más reconocidos de la ciudad, como testigo, vigilando aquel

bonito lugar. Tras un par de fotos de rigor, por separado, bajaron un poco hasta el Rotes Rathaus, el Ayuntamiento de Berlín, con una original arquitectura y caracterizado por su alto reloj y su color rojizo. Regresaron por un callejón y salieron a uno de los lugares preferidos de Aarón. Se sentía tan afortunado de poder compartirlo ahora con ella...

A los pies de la Fernsehturm, con una vista mucho mejor de ella que la que se puede obtener desde Alexanderplatz, se alzaba otra plaza siempre bulliciosa, con la Fuente de Neptuno creando un juego de luz y agua que consiguieron iluminar los ojos de Amanda. Sin duda, estaba disfrutando del momento, de la ciudad y, esperaba, de la compañía.

Siguieron dirección al oeste, con las luces de la ciudad encendiéndose a su paso. En dos ocasiones, dejaron a su lado un río salpicado por el reflejo de estas luces y, en silencio, los dos posaron sus ojos en los candados que algunas parejas de enamorados habían dejado en el puente. Instintivamente, Amanda tocó uno de ellos y la tristeza la invadió. Porque justo en ese instante, se dio cuenta que al imaginarse uno de esos candados con su nombre, iba acompañado del de Aarón y no de Marcos.

—Vamos, aún queda lo mejor. Estamos llegando de nuevo al hotel, ¿te sabes la historia de la plaza?

Amanda negó con la cabeza y en los apenas dos minutos que tardaron en cruzar la avenida y adentrarse en Bebelplatz, Aarón comenzó su monólogo. Aquí, tuvo lugar la famosa quema de libros en 1933 de mano de las Juventudes Hitlerianas y los Camisas Pardas, cuando se destruyeron más de veinte mil ejemplares.

—¿Te has fijado en este detalle cuando has pasado por aquí estos días?

—¡Vaya, un suelo de cristal! No me había dado cuenta. Y eso que se ve ahí abajo, ¿es una especie de biblioteca vacía?

—Exacto, es un elemento que los berlineses han colocado para conmemorar esta quema de libros. Y fíjate en esta placa con una cita de Heinrich Heine: *“Das war ein Vorspiel nur, dort wo man Bücher verbrennt, verbrennt man am Ende auch Menschen”*.

—¿Y significa...?

—*“Eso solamente fue un prelude, ahí en donde se queman libros, se terminan quemando también personas”*.

—Me encanta. Es sin duda un homenaje muy elegante e inspirador.

Toma también fotos de esto.

—¿Estás disfrutando siendo tú quien le da órdenes a otro de cuando apretar el disparador, verdad? —Aarón sacaba las fotografías.

—¡No lo sabes bien!

—Vamos, aún nos queda un poco por ver. ¿Tienes ya hambre?

—Lo cierto es que un poco sí.

—Te enseño otro lugar curioso que queda cerca y buscamos algún sitio para comer.

Si algo tiene de bueno el centro histórico de Berlín, es que se puede recorrer a pie fácilmente y el camino no resulta pesado, ya que continuamente hay algo donde detenerse. La siguiente parada fue la Plaza Gendarmenmarkt, donde dos catedrales casi gemelas, las llamadas Catedral Francesa y Catedral Alemana, echaban un pulso con el edificio neoclásico del Konzerthaus como testigo. El antiguo Teatro de Berlín y la actual sede de la Orquesta Sinfónica de la ciudad, era probablemente el más bello de la plaza, pero perdía protagonismo ante el duelo de titanes de las dos catedrales.

Regresaron al gran boulevard Unter den Linden, una de las principales arterias de la ciudad y al girar a mano izquierda, decidieron parar a comer en Casa Italia, un restaurante que por su nombre no dejaba mucho a la imaginación. Los camareros reconocieron inmediatamente que se trataba de una pareja de españoles y comenzaron a atenderles en su idioma natal. Pidieron una lasaña y un plato de pasta y aprovecharon para descansar los pies, mientras bromeaban como si el tiempo no hubiera pasado por ellos.

—Ya nos queda poco para terminar esta parte del paseo. Si quieres podemos tirar de metro y acercarnos a Checkpoint Charlie y luego al Muro de Berlín. Aunque te aviso que la parte más bonita es la que estamos viendo, al menos bajo mi punto de vista.

—Lo dejamos para otro momento entonces, estoy reventada. Llevo todo el día sin quitarme los zapatos.

—Entonces, ¿lo de ir a un bar a tomar algo ni lo pensamos, no?

—¡No! —a los dos se les escapó una carcajada ante la espontaneidad de Amanda—. Me apetecería más que me tiraran al río antes que tener que salir de fiesta ahora.

—De acuerdo, de acuerdo. Te dejaré en tu hotel antes de las doce. Prometido.

—Tendríamos que darnos mucha prisa para terminar antes de las doce. Pero me vale con que sea antes de las dos. Como dice una de mis series preferidas...

—Nunca pasa nada bueno después de las dos de la mañana —corearon a la vez la popular frase y sonrieron bajando la mirada.

—Me encanta ver que aún tenemos cosas en común.

—Seguro que más de las que pensamos.

Tras pagar la cuenta y despedirse del amable camarero que les había atendido, continuaron andando en línea recta hasta toparse con ella: la Puerta de Brandenburgo. El mayor símbolo de Alemania, turístico e histórico, inspirada en la Acrópolis de Atenas y con siglos de historia a sus espaldas que Aarón volvió a resumir de forma magistral.

—Vente, pongámonos bajo ella. Fíjate en las señales de las balas en sus columnas. Y ahora, justo desde este punto, si miras en dirección al este, verás una preciosa vista de la Plaza de París y del Unter den Linden. Date la vuelta ahora y mira al oeste, aquí tenemos también una maravillosa vista del Parque Tiergarten. Reconozco que el parque se ve mejor de día.

—Es impresionante. No pensaba que me iba a gustar tanto esta ciudad, nunca me había llamado la atención. Supongo que la pasión que le pones a tus explicaciones está teniendo mucho que ver.

—¿Las explicaciones o... el guía?

—Los dos.

Un silencio incómodo se adueñó de la atmósfera, pero Aarón, rápido como el viento, supo volver a encauzar la conversación para evitar que nada estropeará esa mágica velada que estaban viviendo.

—Si vamos dirección al parque, tenemos el Parlamento y la sede de la Cancillería, entre otras cosas. Hay edificios muy bonitos con una arquitectura muy original y dispar entre sí. ¿Quieres que continuemos?

—La verdad es que estoy bastante cansada, preferiría terminar aquí la visita. Mis pies ya no responden y, si lo hicieran, no dirían nada bueno —la expresión risueña que siempre había acompañado al rostro de la chica seguía intacta a pesar de los años. Su sentido del humor, también.

—Lamento decirle a tus pies que debemos regresar al hotel andando. Donde nos encontramos, tardamos menos en llegar a pie que en desviarnos

para tomar el metro. Apenas es un kilómetro, te acompaño.

—¿Seguro? No quiero abusar demasiado de tu hospitalidad.

—Te recuerdo que he sido yo quien te ha secuestrado en la puerta de tu hotel. No me importa, hoy no tengo prisa. Me quedo más tranquilo si te acompaño.

—Como quieras.

El paseo de vuelta fue muy agradable. La climatología acompañaba y la atmósfera de las calles de la ciudad les embriagaba con su aire confidente. El destino no podía haber elegido un lugar mejor para ese impredecible reencuentro.

Por un momento, olvidaron quienes eran y simplemente disfrutaron de la ciudad como una pareja más, sin recordar todas las cosas pendientes que se habían quedado en su tintero y haciendo caso omiso a un reloj que trataba de indicarles que este ya no era su momento ni su lugar, que ya habían llegado tarde a la vida del otro.

Cuando llegaron a las puertas del hotel, algo había cambiado en ellos. Ya no eran esas dos personas que hacía unas pocas horas jugaban a ser extraños, a no importarse, a no quererse; ahora sus miradas hablaban por sí solas, sus manos se buscaban y no hizo falta que Aarón respondiera con palabras cuando Amanda, por fin tomó la iniciativa:

—¿Quieres subir?

Capítulo 7

“Sé fiel.

A ti mismo, por encima de todo.

Sé fiel a tus creencias, a lo que sientes, a lo que piensas.

Sé fiel a aquel niño que soñaba con ser adulto.

Demuestra que el camino ha merecido la pena.

Sé fiel aunque te rompas,

aunque no quieras volver a intentarlo,

aunque el sofá termine siendo tu única compañía.

Sé fiel. A nada. A nadie. A ti”

El Hotel de Rome era sencillamente impresionante. Si por fuera el edificio ya dejaba en evidencia el status del alojamiento, las dependencias interiores no decepcionaban ni contradecían el espíritu de la fachada. Desde luego, pasar una noche aquí no era precisamente barato, pero no cabe duda que el entorno también hace mucho a la hora de disfrutar de una ciudad y sobre todo recordarla. El entorno... y la compañía.

Atravesaron el pequeño pero lujoso hall y llegaron hasta los ascensores acristalados, un receptáculo muy amplio y luminoso. Bien podría haber sido el escenario perfecto para rodar una escena dentro de una cápsula del tiempo. Subieron acompañados por otra pareja, dos chicos que no se soltaron la cintura en todo el ascenso, mientras que Aarón y Amanda se miraban con timidez deseando hacer lo mismo.

Al entrar en la habitación, Aarón se quedó impresionado nada más abrir la puerta. Había pasado por centenas de hoteles durante sus giras: alojamientos lujosos y habitaciones en las que uno se siente como en casa a pesar de la inevitable frialdad que siempre desprenden los hoteles; sin embargo, aquella estancia tenía algo especial. No quiso ser indiscreto y preguntarle a Amanda si lo había pagado ella o si su cliente le había proporcionado también el alojamiento, pero sin duda era el claro reflejo de que no le iba nada mal. Se alegraba tanto...

La habitación constaba de tres zonas diferenciadas. En el recibidor, se emplazaba un amplio armario vestidor y acceso al cuarto de baño, el cual gozaba de una gran ducha de obra; a continuación, un pequeño salón con sofá, mesa de café y sillas y un amplio escritorio donde Amanda pasaba las noches editando sus fotografías a pesar del cansancio; por último, la habitación, con una gran cama, televisión y una pequeña terraza donde desperezarse por las mañanas con la brisa berlinesa. La decoración era exquisita: predominaban los tonos marrones y blancos, con algunos tintes de negro y rojo, dando al espacio una sensación de elegancia y funcionalidad por igual. La Suite Classic sin duda era un lugar para soñar.

Amanda le pidió que tomara asiento en el sofá mientras le ofrecía

algunas bebidas del minibar y unos cuantos bombones. Eligieron prepararse un Gin-tonic cada uno y rieron ante la posibilidad de añadirle algunas flores de las macetas de la terraza; habían visto copas que parecían más una ensalada que una bebida. A esas alturas de la noche, la complicidad ya no podía crecer más y ambos eran conscientes de que se encontraban en un punto de no retorno.

Aarón dejó su copa prácticamente entera sobre la mesa y continuó disfrutando de la presencia de Amanda. No quería que el alcohol pudiera enturbiar lo más mínimo el recuerdo de aquella noche, igual que tampoco quería tener al día siguiente una víctima a la que culpar de todos los principios y valores morales que iba a traicionar en unos pocos minutos. Quería ser él, con todas las consecuencias, el único responsable de lo que iba a hacer. O más bien, de lo que ya había hecho. Porque aquello llevaba muchos años, demasiados, macerándose en su conciencia. Con cada noche que se había quedado dormido pensando en Amanda, ya había engañado a Claudia; con cada canción que le había dedicado, en secreto, también lo había hecho; cada vez que miraba al escenario y deseaba encontrarla entre la gente para cantarle a ella, directamente a sus ojos, era una nueva traición no deseada.

Aarón decidió pensar en él, en todas las noches soñando con ella y en la segunda oportunidad que la vida le estaba ofreciendo de reparar por un breve instante su corazón, aún a sabiendas de que la siguiente rotura sería aún peor, y se lanzó al vacío, sin cuerda, sin paracaídas, sin temor.

Aprovechó unos segundos de silencio de sus labios para mirarla con una ternura con la que probablemente nunca nadie la había mirado. Y entonces, la besó. Los labios de ella respondieron sin dudar a sus caricias y se dejaron llevar por un deseo que los años habían convertido en una frustración encallada en su alma. Sin necesidad de hablar, ambos tenían clara una cosa: por el recuerdo de aquella noche, todo merecería la pena.

Ellos no lo apreciaron, pero de repente, el cielo se cubrió de nubes y la ciudad apagó sus estrellas, como si ella también quisiera ser confidente del secreto que compartirían toda una vida. Una noche en la que no había testigos, no había relojes, no había impedimentos.

Solos Aarón, Amanda y Berlín.

El amanecer venció a la noche mucho antes de lo que a ellos les hubiese gustado. Aunque se morían de sueño, no querían cerrar los ojos

porque sabían que por la mañana todo sería diferente: querían exprimir hasta el último segundo juntos, aunque solo fuera con una conversación banal, con una sonrisa cargada de todos aquellos sentimientos de esos que hacía tiempo guardaban con celo en su interior, con una caricia por la que merece la pena morir y volver a nacer.

Sin embargo, el tic toc del reloj siempre avanza implacable. El sonido del despertador de Amanda anunció un nuevo día de trabajo. Al abrir los ojos de forma perezosa y verse uno al lado del otro, no quisieron pellizcarse para no comprobar que una vez más aquello había sido solo un sueño.

—La que hemos liado —Aarón sonrió acariciando el pelo de Amanda, mientras esta le devolvía aquella expresión serena y entornaba sus ojos resignándose a aceptar lo que había ocurrido.

—No somos culpables, Aarón.

Los dos sabían que se referían a Claudia y a Marcos, las grandes víctimas de este juego de camas. De forma instintiva, Aarón alargó la mano hasta la mesita de noche, donde había dejado su móvil en silencio al principio de la velada. Dos llamadas perdidas de Claudia, una de madrugada y otra hacía apenas unos minutos.

—Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Tengo dos llamadas perdidas de Claudia, espero que esté aún en Postdam y no haya regresado a casa.

—¿Quién es Claudia? —algo en el interior de Amanda sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—Mi mujer.

—¿Tu... tu qué? —como un resorte, levantó la espalda clavando sus ojos acusadores en Aarón.

—Mi mujer —repitió con calma, sin saber qué estaba ocurriendo exactamente—. Te lo dije el otro día cuando estábamos en Windburger y me preguntaste si vivía con alguien.

—Exacto, Aarón, exacto —Amanda comenzó a ponerse un poco nerviosa. Se levantó arrastrando tras de sí la sábana y comenzó a recoger la ropa esparcida por el suelo mientras hacía un ovillo con ella—. Me dijiste que vivías con alguien, no que te habías casado.

—¿Y qué más da? —ahora quien levantaba ligeramente la voz era él,

no comprendía a qué venía este numerito después de todo lo que habían vivido—. Tengo pareja, igual que tú.

—No, no, no —negó nerviosa, de forma repetida, como para enfatizar su verdad a medias—. A mí no me metas en el mismo saco. No es lo mismo tener pareja que estar casado. ¡No me fastidies!

—¿Cómo que no? La lealtad que se le debe dar a una persona es exactamente la misma, haya un papel por medio o no lo haya. La he cagado, sí, pero tú también. Nos hemos metido los dos hasta el cuello.

—¡Por el amor de Dios, no soy ninguna rompehogares! ¿Ahora es cuando me confiesas también que tienes hijos y me enseñas su foto del colegio?

—¡Claro que no! —aunque él también se estaba poniendo nervioso, trató de calmar los nervios de Amanda mientras ella se vestía rápidamente—. No creía que ese matiz te iba a importar tanto. Para mí la traición es la misma. Discúlpame si te ha molestado, de verdad, no creía que... Lo siento, pero no me arrepiento de lo que ha ocurrido. Sé que probablemente soy la peor persona del mundo, pero esta noche he vivido y he sentido más de lo que lo he hecho en toda mi vida.

La pantalla del móvil que Aarón tenía en las manos volvió a encenderse de manera silenciosa. Era Claudia, llamando de nuevo. Aarón lo miró unos segundos, pero volvió a levantar la mirada en dirección a Amanda, que ya estaba cogiendo de nuevo el bolso de la cámara.

—Respóndele la llamada a tu mujer. Y gracias por todo, pero no te vuelvas a cruzar en mi vida, ya me la has destrozado dos veces —y sin mirar atrás, mientras se acercaba a la puerta, sentenció—. Cierra al salir.

Capítulo 8

*“La peor sensación no es que jueguen a perderte,
ni que te odien. O que te hieran.*

*La peor sensación es no saber por qué no te buscaron
cuando te perdieron, cuando te (~~amaron~~) odiaron,
cuando te hirieron”*

Nunca en toda su vida, Aarón se había sentido tan mal. Había fallado a las dos mujeres a las que más había querido nunca. Volvió a recordar por qué siempre había odiado a las mariposas que anidan en nuestro estómago: cuando somos felices, siempre les decimos a los demás que deben arriesgarse a sentir, que deben jugársela aunque luego se caigan, que sentir siempre merece la pena. El cuerpo es sabio y con el tiempo siempre aprende a eliminar todo lo negativo. Sin embargo, ahora que volvía a probar el sabor avinagrado del desamor, se arrepentía de haberse empachado de la más dulce miel que existe en el mundo. Maldita sensación. Amanda nunca le iba a perdonar, le odiaría y guardaría un recuerdo nefasto de aquel encuentro, convirtiéndose en un error; Claudia, su Claudia, sin duda no se merecía esta absurda revancha que se había cobrado. Su conciencia flaqueó y decidió contarle todo: que la había engañado desde el día en que la conoció; que su musa no era la vida, sino una madrileña encantadora; que el destino le había concedido sus deseos y le había dado la oportunidad de volver a saber lo que era pasear con ella, sin miedo, sin culpabilidad; que la había sentido suya durante unas horas y que... No, no podía hacerle eso.

Miró el icono de las llamadas perdidas de su mujer y resistió la tentación de llamarla. No quería hablar ahora mismo con nadie. Le envió un escueto mensaje de texto diciéndole que no podía hablar y que la llamaría enseguida y de nuevo hundió la cara entre sus manos.

“¿Qué has hecho, Aarón? ¿Qué has hecho?”

Pero lo que más le dolía en su conciencia y en su corazón, fue el hecho de no arrepentirse, de saber que inevitablemente tropezaría con la misma piedra una y mil veces más si pudiera hacerlo. Que movería montañas solo por encontrarse con esa piedra. ¿Qué hacemos con el arrepentimiento cuando no es por ti mismo, si no por el otro? ¿Qué hacemos cuando en nuestro interior se libra una lucha entre lo que queremos y lo que debemos? ¿Qué ocurre cuando echas la vista atrás y te ves cometiendo errores que siempre habías juzgado en otros?

Al final, la vida sabe cómo devolvernos la lección para que en el caminar de nuestros días, quien quiera aprender, comprenda que la mayoría de

las veces no se trata del bien o del mal, si no que todo está marcado por las circunstancias y que a veces, hasta el peor de los errores tiene su justificación. Solo a veces.

Aarón se debatió entre dejarle una nota o marcharse sin más y optó por lo segundo. Las duras palabras de Amanda se le clavaron en el alma y no quiso interferir más en su vida, quizás mejor así. Ella se merecía ser feliz y era cierto que con él tan solo había experimentado dolor. Se iría sin hacer ruido, aunque a veces el silencio pueda llegar a ser absolutamente ensordecedor.

Deshizo los pasos que hace tan solo unas horas había caminado, esta vez en soledad, con el alma totalmente destruida, y salió a la calle. El cielo de Berlín se encontraba nublado: no había ni rastro de aquellos preciosos rayos de sol que los días previos habían iluminado la ciudad.

Decidió ir caminando en lugar de coger el transporte público a pesar de la gran distancia que existía desde el Hotel de Rome y su casa. En torno a ocho kilómetros, calculó un par de horas de paseo que le vendrían bien para dejar la mente en blanco o terminar de machacársela aún más, pero al menos retrasaría el momento de llegar a casa y encontrarse con Claudia.

No sabía cómo sería mirarla a los ojos y ver en su reflejo aquello que siempre juró no hacer. De nuevo, la idea de contárselo todo y dejar la pelota en su tejado volvió a cobrar fuerza, pero imaginarla sufriendo por su culpa fue una visión mucho peor.

Al pasar cerca del Monumento al Holocausto, una de las zonas que se le habían quedado pendientes y a la que pensaba llevar a Amanda antes de su regreso a España, la Alemania más triste y dura se abrió paso en su interior. Cuánto sufrimiento había visto aquel país. Se sintió pequeño y egoísta al reconocer a la Alemania nazi a su alrededor y todos sus problemas se achicaron ante la idea de las vidas perdidas y destruidas en aquellas calles que ahora eran testigos de su tormento. Seguramente cualquiera de los hombres y mujeres que vivieron en primera persona la etapa más negra de Berlín, habría dado cuanto tuviera por cambiarse por él, por sufrir por el corazón y no por la barbarie que se cebó con el país.

Pero a cada uno le aprietan sus zapatos y los ojos de gata de Amanda se seguían clavando en su interior mientras la sonrisa dulce de Claudia le devolvía a casa.

Volvió a revisar su teléfono móvil para ver si su mujer había contestado. En efecto, vio un mensaje de texto donde le decía que estaba terminando de desayunar con las chicas y que estaría en casa antes de la hora de comer.

El miedo de Aarón se disipó relativamente al comprobar que Claudia no sabía que había pasado la noche fuera de casa.

“*Déjalo pasar, Aarón. Ya la has liado bastante*”. La voz de su conciencia volvió a hablar y Aarón, consciente de que no estaba en situación de contradecirla una vez más, decidió escucharla y seguir sus indicaciones. Valiente cobarde.

Apenas eran las diez y media pasadas de la mañana cuando llegó al barrio de Charlottenburg. El paseo le había ayudado a despejar su cabeza y sus tripas comenzaban a pedirle algo más que mariposas muertas. Decidió entrar en Albert’s, un pequeño restaurante que por las mañanas servía un café de dudoso gusto y un buffet para desayunar bien variado.

El camarero que despachaba alegremente tras la barra y del cual Aarón nunca supo si era el gerente o solo un empleado, le saludó con efusividad al ver a su primer cliente:

—¡Vaya, Aarón! ¡Qué sorpresa! Cuánto tiempo sin verte por aquí —se puso de puntillas para estrecharle la mano por encima de las vitrinas del mostrador—. ¿Cómo va todo? ¿Cómo está Claudia?

—Bien, todo bien, gracias. ¿Y Nora, qué tal? Hace mucho también que no la veo —Aarón preguntó por su mujer en un vago intento de seguir aquella conversación de cortesía en la que, por cierto, no tenía mucho interés en participar.

—Muy bien también. Hoy se ha ido con los críos a IFA que han conseguido entradas a buen precio con un descuento de no sé qué historia me ha contado —el hombre seguía tratando de mantener la charla mientras hacía aspavientos con sus manos—. Creo que medio Berlín está hoy por allí, ¡eres mi primer cliente en un buen rato! Cuéntame, ¿qué te pongo?

—Un café con leche y una tostada con aceite, por favor.

—Te veo decaído, ¿va todo bien?

—Sí, tranquilo, no te preocupes, no he dormido bien esta noche y necesito un buen café para despejarme.

—Venga, hacemos un trato. Te pongo el café y coges lo que quieras del

buffet, ¿vale? Yo no miro —y guiñándole un ojo, se puso manos a la obra con la cafetera.

Se sirvió un par de trozos de pan tostados con aceite y una pequeña napolitana de chocolate para no hacerle el feo y se sentó frente a su taza de café, observando por la ventana a todo el que iba y venía. Era cierto que las calles estaban más vacías que nunca, aunque él solo quería ver a Claudia antes de que ella le viera a él. Necesitaba mirarla y tener unos segundos para escuchar a su corazón, para ver su propia reacción. Volvió a mirar la hora del mensaje que le había enviado y la comparó con la de su reloj de muñeca: las once de la mañana. Si no se había entretenido por el camino, debía estar a punto de llegar a casa.

De pronto, un pensamiento que nunca se le había ocurrido ni imaginar, atravesó su mente. ¿Y si ella también volvía a hacerlo? ¿Quién le decía que en un futuro no iba a caer de nuevo en las mismas trampas del destino? Y entonces, la vio. El alma, la conciencia y la dignidad, se le cayeron a los pies al verla caminando por la calle, ajena a todo cuanto había ocurrido.

Cuando ella hizo el ademán de mirar hacia dentro, cogió instintivamente el periódico y se tapó la cara para que no pudiera reconocerle. No le importaba que llegara a casa y viera que no había nadie: le diría que había salido temprano a desayunar como cada domingo hacían juntos. Le llevaría su revista preferida y le propondría ver por la tarde una película abrazados en el sofá. Incluso, pedirían algo para comer para que ninguno de los dos tuviera que perder tiempo en la cocina. Trataría de cerrar la herida en carne viva que había dejado Amanda en su corazón, con todo el amor que Claudia podía darle. Volvería a ser el mejor para ella, por ella. ¿O quizás sus buenas intenciones solo eran un nuevo mecanismo de defensa para olvidar todo lo que había ocurrido?

Mientras terminaba su café, pensó en Amanda y en su precipitada huida. No lograba entender el por qué de su actuación, por qué le había molestado tanto aquella omisión si ya sabía que compartía su vida con otra persona. Quiso creer que se había asustado: por la mañana, aquellas decisiones que unas horas antes nos habían parecido una gran idea, pueden generarnos un absoluto pánico. Ojalá que fuera solo un poco de miedo aliñado con la resaca del Gin-Tonic, ojalá le perdonara, ojalá no le odiara toda la vida. Resignado porque quizás nunca lo sabría, pagó el café y se despidió de

su viejo conocido para poner rumbo a su hogar. Había llegado el momento de regresar. Volver a cruzar la puerta de tu casa cuando no eres la misma persona que la cerró por última vez, sea por el motivo que sea, siempre es difícil.

Metió la llave en el humilde portal y subió el primer piso hasta toparse de frente con la puerta de su casa. Aguardó unos segundos y no escuchó ningún ruido. Abrió despacio la puerta y, de nuevo, el silencio le golpeó. Comenzó a sentir miedo, a pensar que tal vez había dejado alguna pista por la que Claudia se había dado cuenta que había pasado la noche fuera. Quizás era mejor confesarlo todo antes de que ella pudiera reprocharle nada, quizás debía inventarse alguna excusa de película, como la hospitalización de algún compañero de trabajo o...

—¡Cariño! ¿Ya estás en casa? —la voz de Claudia proveniente del cuarto de baño interrumpió sus pensamientos. Por su tono de voz, no estaba enfadada. Aarón suspiro.

—Sí, mi vida, ya estoy aquí —empujó levemente la puerta del baño y esta se abrió. Tenía que arreglar en algún momento el pestillo. Cuando se mudaron, ya estaba roto y tenían que hacer virguerías para cerrar la pequeña alcayata que habían colocado en la parte superior —. ¿Qué tal tu viaje?

—Agotador, como siempre. Mucho peloteo en la cena y después tuvimos que quedarnos a tomar alguna copa que otra. No he dormido nada, tengo una cara espantosa —mientras se aplicaba la antiojeras, apartó la vista del espejo para girarse y mirarle—: ¿Y tú que has hecho? ¿Me has echado de menos?

—Nada especial, se me ha pasado volando el fin de semana —apartó la vista de ella y evitó responder a la segunda pregunta. No podía mentirle—. ¿Qué te apetece hacer hoy? ¿Quieres salir a comer o pedimos que nos traigan unos noodles y vemos una peli en casa?

—Ummm, ¡noodles!

El día transcurrió con normalidad, pero para Aarón no era un domingo más. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo de la última noche. Aquel paseo bajo la luna de Berlín, los ojos ilusionados de Amanda con cada dato curioso que le contaba sobre la ciudad, las fotos... Las fotos. Daria lo que fuera por tener alguna de esas instantáneas. Especialmente aquella foto que se hicieron los dos mientras cenaban. Miró a Claudia, quien empezaba a

quedarse dormida en el sofá, y la besó en la frente. Era un cobarde. El hombre más afortunado del mundo, pero a fin de cuentas un cobarde que no había sabido controlar a su corazón y se había enamorado, o al menos algo parecido a ello, de un recuerdo, de un fantasma, de otra gran mujer que ahora estaría maldiciéndole y que probablemente ya habría borrado todas esas fotos de la velada más increíble de su vida.

Recostado en el sofá con Claudia durmiendo en su hombro, intentó concentrarse en la película para dejar de pensar. La había escogido ella: El Diario de Noa, una historia de la que bien podría haber sido protagonista, solo que él, al contrario de Allie, dibujó su propio final y eligió quedarse en casa. Allí tenía todo lo que podía desear.

Capítulo 9

*“Me cansé de ser una duda constante,
de querer por completo,
de recibir a medias.
Me cansé de ser una promesa,
como esa que nos hacemos cada primero de enero
y que nunca cumplimos
¿Por qué esperar a otro año, otras circunstancias...
otra vida?
Si no puedo ser ahora, ya no quiero ser.
Pero ojalá fuéramos”*

A pesar de los buenos propósitos de enmienda, Aarón no conseguía quitarse a Amanda de la cabeza. Cuántas veces se había prometido a sí mismo que esa sería la última canción que le escribiría o que esa sería la última noche que pensaría en ella y nunca lo había conseguido. Después de aquel día que la vida le había regalado, olvidarla se había convertido en una tarea mucho más complicada.

Las cosas con Claudia iban bien, nada había cambiado y él había decidido convertirse en el marido modélico que algún día fue. Pero antes, le quedaba por hacer una última cosa. Asuntos pendientes que nunca deberíamos posponer por nada ni por nadie. Volver a liarla... volver a buscarla. Recordó que mientras cenaban, le habló de lo incómodos que son los asientos en la aerolínea con la que había viajado a Berlín y que le sorprendió especialmente lo pequeño que es el aeropuerto tratándose de una capital tan grande e importante. Entonces, Aarón le explicó que Berlín cuenta con dos aeropuertos: Tegel, el principal, y Schönefeld, el secundario.

Solo tuvo que buscar los vuelos a Madrid desde Schönefeld para el día de su vuelta para tener de nuevo localizada a Amanda. Habían cometido el error de no intercambiar los teléfonos y no tenía otra forma de encontrarla que volver a asaltarla en plena calle. Primero fue en la puerta de su hotel; ahora, en el aeropuerto. Siempre supo que si alguna vez en la vida se la iba a jugar, iba a ser por ella.

Por suerte el vuelo salía a media tarde, por lo que no tuvo que buscar ninguna excusa para encubrir su ausencia en el hogar. Saldría tarde del estudio, como la mayoría de los días. Incluso, casi con total probabilidad, llegaría antes que Claudia a pesar de que el camino que tenía hasta el aeropuerto era aproximadamente de una hora con un trasbordo en Ostkreuz para tomar la línea color vino hasta la última parada.

Sentía miedo: a ser rechazado, a llegar tarde, a no volverla a ver y quedarse con ese sabor tan amargo creciendo día a día en sus entrañas.

La parada de metro del Aeropuerto de Schönefeld era algo impersonal y carente de vida a pesar de soportar un multitudinario tráfico diario de

personas y equipajes. No se encontraba dentro del propio aeropuerto, si no que había que atravesar una larga calle bien acondicionada para su cometido.

Cuando llegó hasta la terminal de salidas, miró a su alrededor nervioso. Ni rastro de ella. Decidió permanecer en la puerta principal a pesar de que el cielo comenzaba a llover de forma débil. Si no había ido con una antelación desproporcionada, tendría que pasar por allí sí o sí. Ya solo quedaba que quisiera verle y escucharle.

Aarón sintió de repente una mezcla entre miedo, ilusión y nerviosismo. Quizás aquello solo era una excusa para él para volver a verla, aunque sabía que el desenlace de aquel encuentro podía terminar de matarlo en vida, quizás lo único que buscaba era volver a empotrarse contra su mirada y decirle en silencio que solo por ella querría siempre ser mejor persona. Imaginar un solo segundo más a su lado era suficiente recompensa, aunque después tuviera que soportar la mayor humillación de su vida. Le esperaban de nuevo muchas noches en vela, eso no lo dudaba, muchas lunas frente a su guitarra y su libreta de letras componiendo canciones que se tararearían en todo el mundo, sin que las voces de aquellas personas anónimas supieran que estaban siendo portavoces de un daño real. Si todos supiéramos las historias que realmente esconden las canciones que escuchamos...

El tiempo pasaba lento a las puertas del aeropuerto. La gente iba y venía, todos con prisas, pero con semblantes muy diferentes: algunos, ilusionados ante la idea de tener una nueva aventura por delante; otros, con expresión triste por regresar a una vida que habían dejado en stand-by y que ahora ponían más en duda que nunca; algunos pocos, con rostro cansado, deseando volver a desvelarse en sus almohadas de siempre y digerir las experiencias que aquella ciudad les había brindado durante su estancia en ella. Berlín nunca deja indiferente.

Las gotas de lluvia dejaron de caer y, como si de un mandato divino se tratara, el cielo se volvió a abrir dejando paso a un bonito color azul que alimentaba su esperanza.

Su Pepito Grillo interior trataba de acorralarle y preguntarle qué hacía allí, por qué quería volver a fustigarse de esa manera. Amanda ya no era suya, hacía mucho tiempo que su corazón pertenecía a otra mujer. No tenía ningún sentido estar allí. Pero el niño que aún latía en su interior, se abrió paso con fuerza y le pedía que nunca dejara de hacer aquello que le salía de dentro, que

nunca dejara morir sus impulsos, que no traicionara su pequeña mente idealista y soñadora.

El frenético ritmo del aeropuerto no se detuvo cuando los ojos de Aarón la vieron llegar y todo su mundo comenzó a avanzar lentamente, como si de una película de los años veinte se tratara. Ella tardó poco en encontrarse con su mirada y entonces, frenó en seco. Agarró con firmeza su maleta: el suelo que tenía bajo sus pies y su propia vida, se tambalearon de un modo que a cualquiera le hubiera dado vértigo. Eso era precisamente lo que había sentido casi a cada minuto desde su llegada a aquel país. Vértigo. Una sensación adictiva y decadente por igual. Pero, ¿acaso no son esas dos buenas definiciones de una vida bien vivida?

Retomó el paso y con un ensayado gesto de indiferencia y una actitud un tanto altiva, se acercó a él y le dijo secamente:

—¿Qué haces aquí? ¿Esperas a alguien?

—A ti, siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Suficiente. El poder que aquel hombre ejercía sobre ella conseguía que con tan solo una decena de palabras, se cayera su amor propio, su orgullo y aquellos días de enfado. Amanda siempre fue una persona muy consciente del tiempo. Los años, la vida, le habían hecho pasar por demasiadas despedidas, a todos los niveles que pueden significar esa palabra y sabía que no merecía la pena perder un tiempo precioso cuando tenemos enfrente a la persona que amamos. Miró su reloj. Apenas faltaba una hora y media para la salida de su vuelo, lo cual significaba que en una hora estaría ya atravesando las puertas de embarque. Sesenta minutos para regresar a la vida que dejó. Sesenta minutos para disfrutar de Aarón. Y quizás, nunca más en todo el camino que le quedaba por vivir. Merecía la pena matar a Don Orgullo.

—Debí quedarme.

—¿Qué?

—Lo siento, Amanda, yo... Cada vez tengo más claro que debí quedarme contigo. En Madrid.

—Creía que ahora eras feliz.

—Y lo soy —se detuvo a sí mismo un par de segundos para volver a pensar la respuesta a esa pregunta que muchas veces no sabemos bien responder—. Sí, lo soy. Pero me mata saber que seguiré pasando el resto de

mis días pensando cómo sería hacerlo todo contigo.

—¿Sabes? ¿Te acuerdas de mi amigo Felipe? Él siempre me dice que le va mal en el amor porque tiende a idealizar siempre a los chicos que le gustan. Cuando no consigue estar con ellos, se frustra porque cree que con ellos sí sería feliz; cuando lo logra, descubre enseguida que todo era mejor en su imaginación. ¿No crees que quizás a nosotros nos pasa eso? Quiero decir, ¿y si durante estos años hemos alimentado el recuerdo idílico de un verano maravilloso?

—Lo fue.

—Sin duda, lo fue. Pero fueron apenas tres meses, éramos unos críos, no había nada que pudiera estropear nuestra burbuja. Cuántos amores eternos se terminan rompiendo. Las grandes historias de amor, siempre son las que no han podido ser. Porque los amores eternos son...

—... los más breves.

—Exacto. Mario Benedetti —ambos sonrieron. Aarón no podía creer que ella hubiera utilizado aquella cita literaria que tanto le gustaba y tanto le había inspirado a lo largo de su carrera musical.

—¿A qué hora sale tu vuelo? ¿Tienes tiempo para un café?

Amanda volvió a sonreír. No sabía cómo, pero aquel chico siempre conseguía sacarle la mejor de sus sonrisas.

—Como si no lo supieras ya. No creo que estés aquí por casualidad.

—Más bien, llamémosle causalidad, que suena menos psicópata —la miró esperanzado y le volvió a preguntar—: Entonces, ¿un café?

—Que sea un cappuccino, por favor —le devolvió la sonrisa e, instintivamente, entrelazaron sus manos mientras se adentraban en la terminal.

Aarón no disponía de tarjeta de embarque, por lo que tuvieron que conformarse con tomar el café en una pequeña cafetería localizada en la terminal de salidas, antes de atravesar el control de seguridad. Una de las cosas que más le gustaba a Amanda de viajar, era ese ratito de compras por las tiendas del aeropuerto, aunque siempre terminaba volviendo con las manos vacías. Pero esta vez, no le importaba pasar su última hora en Berlín con el hombre capaz de romper su corazón y volver a repararlo una y otra vez.

La película estaba llegando a su fin, ambos eran conscientes de ello, y a estas alturas, con los créditos a punto de matar el mejor guion de sus vidas,

sus ojos ya hablaban por sí solos. Aarón pensaba que eran increíbles todas las cosas que quería llegar a ser gracias a ella; Amanda, trataba de grabar a fuego en su memoria aquel momento, aquellas miradas, aquellas sensaciones. Ojalá todo el mundo pudiera experimentar aquello alguna vez en su vida. Sin duda, todo lo que viniera después merecería la pena.

Aarón trató de disculparse por lo sucedido, pero Amanda le frenó. Reconoció que su reacción había sido desproporcionada, que se había asustado y que esta vez había sido ella la que había salido corriendo. Empate.

El anuncio de la última llamada para el cierre de un vuelo que no era el suyo, les hizo despertar de su ensoñación. Miró el reloj y ambos coincidieron en que lo mejor era que pusiera ya rumbo a su puerta de embarque. Aún tenía que atravesar el control de seguridad y, aunque el Aeropuerto de Schönefeld no era para nada grande y ni siquiera tenía que facturar equipaje, era mejor no llegar a la puerta de embarque con el tiempo demasiado ajustado.

La acompañó hasta el punto de seguridad y se miraron con una ternura que nunca podrían describir a sus nietos con palabras. Una media sonrisa con los labios apretados y una respiración lenta, sirvieron como culmen para un momento que nunca, jamás, podrían borrar de su recuerdo.

—Tu vuelo está a punto de salir.

—Sí... parece que hasta aquí ha llegado todo...

—Cuídate.

Capítulo 10

Madrid, año 2.073

*“No hacen falta largas conversaciones,
lo mejor que le podemos decir a alguien
siempre se resume en dos palabras:*

¿Cómo estás?

Saldrá bien.

Estoy contigo.

Te quiero.

¿Más vino?”

-Y en ese momento, la miré. La miré y le di en solo dos segundos más amor del que probablemente nunca nadie le daría. Me morí por dentro y entendí que nunca sería mía. Me resigné. Debería haberle pedido que se quedara a mi lado, debería haberle dicho que mi vida era ella. Pero en lugar de eso, la dejé ir. Por ella. Por mí. Yo qué sé... quizás mejor así...

Mientras le cuento mi historia a mis nietos, no puedo ocultar las lágrimas que siempre asoman a mis ojos cada vez que recuerdo la última vez que la vi. Aquella escena de aeropuerto fue uno de los momentos más especiales de mi vida. Tal y como había sospechado en su momento, cincuenta y siete años atrás, nunca sabría cómo explicar aquello en toda su inmensidad. Dos personas que se miran con esa mezcla de cariño y resignación a no poder ser...

A estas alturas de la narración, mis nietos están totalmente enganchados a la historia, incluso juraría que la pequeña Amanda se está emocionando. En sus ojos noto que quieren saber más. Pero por desgracia, no hay más que contar.

—Supongo que cogió ese vuelo —pregunta Pablo.

—Así es, lo cogió, se marchó y nunca más supe de ella. Fin de la historia —me detengo a pensar si estoy siendo demasiado duro, pero aquello sigue ardiendo en mi interior con la misma intensidad que en aquel momento.

—¿Nunca la llamaste? ¿O ella a ti? —esta vez es Amanda quien se interesa por la mujer gracias a la cual se llama así.

—Veréis. Mientras nos despedíamos junto al control de seguridad, le dije que me diera su teléfono. Creo que su mente ya estaba empezando a conectar con Madrid o que ya estaba siendo consciente que aquello no estaba bien y que era mejor dejarlo así, porque a pesar de todo, me dijo que debíamos ponerlo una vez más en manos del destino. Aún recuerdo sus palabras exactas: *“El destino nos ha juntado una vez, si realmente debemos acabar juntos, se las ingeniará para que volvamos a encontrarnos”*. Me gustó aquel concepto tan romántico y recordé que era el hilo argumental de una de mis películas preferidas, *Serendipity*. Inevitablemente, con su despedida, mi mente también volvía a conectar con Claudia, con vuestra abuela. Y comprendí que quizás era mejor no tener ninguna tentación de volver a

buscarla o de llamarla en cualquier madrugada de añoranza. Y creedme que he tenido muchas de esas.

—Abuelo, hoy en día es muy fácil encontrar a las personas. ¿Quieres que lo intentemos?

—Pablo... —Amanda, a pesar de haber empatizado con la historia, trata de frenar a su hermano, tan idealista como su abuelo—. A la abuela no le haría mucha gracia. Y ahora ya, ¿para qué? Ya no solo han pasado los años. Ha pasado la vida. La oportunidad de estar juntos la tuvieron en ese momento, ahora ya no. Todo tiene un tiempo y un lugar.

Sé que lleva razón, pero las palabras de mi nieta se me clavan en el corazón. Porque aquello mismo me ha atormentado durante tantas noches... El “¿qué habría pasado si...?” es sin duda la peor sensación del mundo. Quien lo haya pensado alguna vez, sabrá de lo que hablo.

—Tu hermana lleva razón. Además, miradme, al final terminé regresando a Madrid y nunca nos volvimos a encontrar. Supongo que ella se casaría con su novio cuando volvió a casa. Si no fue con él, sería con otro, no me cabe la menor duda de que seguro que volvió a encontrar el amor. Ahora será una dulce y guapa abuelita con una historia preciosa en su recuerdo que seguro no contará a sus nietos como el loco de vuestro abuelo —quiero introducir algo de humor a la tarde—. Y lo que es más, ella lo tenía más fácil para buscarme a mí, si hubiera querido...

—¿Por qué dices eso?

—Os acordáis de la canción que compuse que se hizo tan famosa, “*Lo que nunca fue*”, la que fue banda sonora de una película, ¿verdad?

—Claro que sí, ¡ganaste un Goya con ella!

—Exacto. No es por ser vanidoso, pero con mi nominación, mi cara salió en todos los periódicos y redes sociales del momento, acompañada de la fecha, la hora y el lugar en la que se iba a celebrar la entrega de premios. Si hubiera querido, si aún le importaba...

—Habría ido a buscarte igual que hiciste tú con ella en el aeropuerto...

—Así es. Pero ella nunca apareció. Y eso que la Gala se celebraba en Madrid. Acudí al evento con mi representante, el tío Brad, en lugar de ir con vuestra abuela, y este pobre iluso creía que Amanda me seguía esperando.

Seguramente en cuanto su avión aterrizó, volvió a poner los pies en la tierra y todo esto quedó en una bonita aventura.

—No te pongas triste, abuelo.

—Abuelo —Amanda vuelve a interrumpir la conversación—. ¿Alguna vez se lo has contado a la abuela?

—No. Nunca. He sido siempre un cobarde. Pero me moría de miedo ante la idea de perderla. Os aseguro que también la he querido y la quiero mucho y que me arrepiento de no haber sabido respetarla siempre —tomo aire y aprovecho para beber un poco de agua—. A pesar de eso, ella también tuvo en un momento su propia historia que contar pero, ¿cómo reprochárselo? Preferí tragarme el dolor, porque os aseguro que aquello dolió mucho.

Escuchamos la voz de Marta, mi hija y la madre de Pablo y Amanda, acercándose por el pasillo. Me siento tranquilo y feliz de saber que ahora mi historia tiene unos cómplices que la guardarán con cuidado y que probablemente les servirá para su propia vida. Pero antes, quiero terminar mi relato de la mejor forma que se me ocurre:

—Ante todo, que os quede claro que si volviera atrás, volvería a elegir siempre a vuestra abuela, como os he dicho antes, viviría mis seis vidas de gato con ella.

—¿Y la séptima? —me pregunta Pablo mientras los dos esperan la respuesta que ya conocen.

—Con Amanda. Mi última vida siempre será para ella.

Capítulo 11

Berlín/Madrid, año 2.016

“Toca fondo.

Pero no te encariñes del suelo.

*Todos necesitamos reiniciarnos de vez en cuando
para saber quién sí, quién no y quién tal vez.*

Toca fondo.

Pero no te olvides de tener tus alas a mano.

*Esas que solo necesitan tu energía
para volver a impulsarte hacia arriba,
donde esperan los que sí, los que no y los que tal vez.*

*Porque si algo te queda claro cuando tocas fondo,
es que nadie está dispuesto*

a cambiar su cielo por tu infierno por ti.

Aunque tú lo hayas hecho mil veces.

Aunque lo volverías a hacer”.

Berlín:

Tras bajar un par de paradas antes para poder dar un paseo y despejar sus ideas, Aarón regresó a casa cabizbajo. Tragó saliva y decidió normalizar la situación cuanto antes. Al no tratar de impedir la marcha de Amanda, ya había elegido, una vez más, a Claudia como la mujer de su vida.

Al cerrar los ojos, siempre recordaría aquellos momentos vividos con Amanda, pero al abrirlos de nuevo, sería Claudia quien estaría a su lado. Para siempre. A pesar de lo que pudiera parecer, él era un hombre de palabra.

Entró a casa saludando, pero nadie respondió. Dejó las llaves sobre el vuelca bolsillos de la entrada y comprobó que su mujer aún no había regresado a casa. Otro día que se habría tenido que quedar hasta tarde en la oficina. Miró el reloj y pensó si Amanda habría llegado ya a Madrid.

Madrid:

Después de la tormenta siempre llega la calma, y ahora que Amanda volvía a poner los pies en la tierra, Madrid le devolvía una bofetada de realidad. Esta vez no había ilusión por regresar a casa, no había ganas de volver a dormir en su almohada o recuperar la comodidad que te otorgan tus “cosas”. En una semana, Amanda por fin había comprendido que lo material es totalmente prescindible y que tu hogar, está donde tu corazón quiere quedarse a vivir. Nunca son lugares, siempre son personas.

El vuelo fue muy ameno. Entre rascas y gana a bordo, el bebé de la fila diez llorando desconsoladamente y el exhaustivo repaso que le dio a las fotografías de su tarjeta de memoria, las casi tres horas de trayecto que separan Berlín de Madrid habían volado, literalmente. Pasó rápido las fotos profesionales y se detuvo en aquellas de esa mágica noche en la que todo su mundo se desmoronó y a la que sabía que regresaría muchas, demasiadas veces, aunque ahora fuese mediante un viaje mental a través de los recuerdos de su memoria. Sonrió al verle mirando al objetivo. Algo escocía en su interior al ver aquellas en las que salían juntos. Felicidad y tristeza a la misma vez. Amanda se dio cuenta, que sin quererlo, había aceptado un ticket para la montaña rusa más peligrosa de su vida. Y lo peor es que no sabía cuándo podría bajar de ella ni si lo haría ilesa.

Cuando el piloto se comunicó con la cabina de pasajeros para anunciarles que comenzaban el descenso, Amanda sintió que realmente era ahora cuando todo acababa. “*Show must go on*”, pensó, “*el show debe continuar*”, mientras tragaba saliva de forma ruidosa. Se acomodó en su asiento y trató de disfrutar de los últimos minutos antes de que todo se complicara.

Antes de partir, había quedado en ir a recoger a Marcos al trabajo cuando llegara a Madrid, pero en ese momento era lo último que le apetecía hacer. No quería verle. Sentía miedo de sí misma y de su reacción al tener que enfrentarse a los ojos acusadores de su pareja, al comprobar que ya no eran dos, si no tres los que se sentarían en la mesa a cenar, aunque uno de ellos solo estuviera a modo de fantasma en su recuerdo.

Nada más encender el móvil, aún en el pasillo acristalado de la

Terminal T1 de Barajas, comenzaron a entrarle un par de llamadas perdidas de Marcos. Ninguna de Aarón. Se arrepintió de su romántica idea de dejar de nuevo su historia en manos del destino y no haberle dado su teléfono. Cuánto daría por un “¿has llegado ya?”, “te echo de menos”, “yo también”...

Abrió las redes sociales y resistió la tentación de buscar su nombre en ellas. Una persona con una profesión como la suya, debería tener un perfil bastante visible o, al menos, sencillo de encontrar. Ella misma lo tenía para ser localizada fácilmente por clientes potenciales, pero ahora solo soñaba con ver esa burbuja que nos indica una nueva petición de amistad. Se sintió muy tentada de ser ella la que esta vez diera el primer paso, Aarón ya lo había hecho dos veces en Berlín y de no ser por ellas, nada de lo vivido habría ocurrido.

Pero decidió que era mejor dejarlo así. Pensó en la tal Claudia y se sintió culpable, demasiado se había mojado ya. Pero, ¿y si estuviera mejor con ella? ¿Y si Claudia no era “la suya”? ¿Y si Aarón era tan despistado que había confundido a la mujer de su vida en el rostro de otra?

Pasó bajo el cartel de Nada que declarar, sin poder evitar que su conciencia le hiciera una pequeña broma sobre todo lo que debería declarar, y continuó rumbo a la salida. En la terminal de llegadas, aguardaba como de costumbre un grupo más o menos grande de gente. Siempre le hizo especial ilusión saber qué siente una persona cuando alguien le está esperando pacientemente en aquel punto, cuando alguien te quiere y te busca con nerviosismo e ilusión entre los ojos de la gente. Instintivamente, buscó a Marcos, pero no le encontró. No se lo reprochó, sabía que tenía que trabajar. Salió a la calle, paró un taxi y puso rumbo a su piso de soltera para soltar la ligera maleta de mano y darse una ducha que hiciera desaparecer el rastro de su traición. Le esperaba una cita con su pareja y no iba a ser nada fácil.

A las nueve de la noche, Amanda estaba puntual en la puerta del comercio que regentaba Marcos. Vio a través del escaparate que su chico estaba tratando de cuadrar caja y entonces lo vio claro. No hubo fuegos artificiales, solo el recuerdo de Aarón martilleando de nuevo en su cabeza.

Tan solo pasaron un par de minutos cuando Marcos salió de la tienda y comenzó a bajar el cierre de seguridad. Cuando reparó en la presencia de su novia, fue corriendo a abrazarla.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también.

“*Yo también*”. Resonaron en el ambiente esas dos palabras que nunca significan lo mismo que lo que tratan de afirmar. Marcos, un chico alto, rubio y bien fornido, la abrazó mientras ponían rumbo a uno de sus restaurantes preferidos de la Gran Vía madrileña, sin saber que aunque iban por el mismo camino, sus pies no tenían el mismo destino.

A pesar de su pasado algo turbulento, con una presencia demasiado elevada de alcohol y mujeres en sus primeros años de juventud, Marcos realmente había cambiado por Amanda. De ser un holgazán sin oficio ni beneficio, pasó a todo un emprendedor que solo tenía ojos para su chica. Había preparado aquella velada con sumo cuidado y, aunque era consciente de que no llevaban demasiado tiempo juntos y que aquello podría ser una locura, había decidido que esa noche le iba a pedir matrimonio.

Pararon frente a la puerta del Dibocca, un restaurante italiano muy íntimo y con un gusto exquisito tanto en la decoración como en el servicio y el menú. Pidieron mesa para dos y rápidamente les acomodaron. Era un día laborable y no estaba apenas concurrido. Disfrutarían de una magnífica velada tranquila para el recuerdo.

Pidieron una ensalada de frutos secos y rulo de cabra para compartir, unos gnocchis al gorgonzola con salvia para ella y una milanesa di vitello para él. De postre, una bomba di cioccolato para compartir. La exquisita decoración del lugar y el silencio reinante en la sala, les hizo sentirse como si estuvieran en casa. Las paredes forradas en madera y esas estanterías repletas de marcos con fotografías y libros lo convertían en un magnífico lugar para sentir el calor de los fogones de la buena cocina.

Amanda comió en silencio, esquivando en todo momento la mirada de un Marcos que estaba tan concentrado en seguir el guion que tanto había ensayado en casa en los últimos días, que no reparó en la gran distancia a la que se encontraba de ella. Los tres mil kilómetros que los separaban hasta hacía apenas unas horas, no eran nada comparado con el abismo al que sus almas se encontraban ya a esas alturas.

Conversaciones banales sobre trabajo, alguna que otra anécdota sobre la mascota de la vecina de Marcos, un adorable labrador de tres patas que se había ganado el cariño de todos los vecinos, las fechas del próximo evento al

que tendría que acudir Amanda y nada más. Nada sobre sentimientos, ninguna caricia, ninguna mirada cómplice ni ninguna señal de querer desvelarse aquella noche. Amanda estaba demasiado rota por dentro para poder disimular y ni siquiera unos deliciosos gnocchis podían reparar el daño que se siente cuando tu cabeza y cuerpo no están en el mismo lugar. Miró el reloj y pensó en Aarón, sin saber que él llevaba toda la noche haciendo exactamente lo mismo. Se preguntó para sus adentros, si a él le gustaría aquel restaurante, qué pediría si estuvieran cenando juntos y cómo sería dar un paseo por la Gran Vía madrileña bajo el fulgor de las estrellas. Deseó que Marcos no le propusiera salir a caminar tras la cena: no quería que él percibiera que las calles de Madrid se morían de pena al ver a una Amanda incompleta.

Mientras reflexionaba en silencio acerca de una de sus frases preferidas, aquella que hace alusión a que uno nunca regresa de un viaje tal y como partió, Marcos llamó su atención y trató de devolverla a la conversación, que para ella había quedado relegada a un segundo lugar, como aquellos que ponen la televisión de fondo a un volumen mínimo pero nunca la escuchan.

—Amanda, ¿te ocurre algo?

—No, nada, solo estoy cansada. Ya sabes que volar me quita toda la energía.

—¿Quieres que pida la cuenta y te dejo en casa?

—Sí, por favor.

Vio el cielo abierto. Pero, lo que sucedió a continuación, la dejó sencillamente sin palabras. Tras hacerle una señal al camarero y este guiñarle un ojo en señal de aprobación, las luces del restaurante bajaron su intensidad mientras comenzaba a sonar “Sott’er Celo de Roma” en la voz de Michael Bublé. Roma era uno de los viajes pendientes de Amanda, desde pequeña había sentido una conexión con aquella ciudad y se moría de ganas de disfrutarla. Siempre tuvo claro que, algún día si volvía a nacer, quería ser romana.

—Señorita Amanda... —Marcos, con los ojos brillantes de emoción e ilusión a partes iguales, se levantó de la silla, sacó de su bolsillo un elegante anillo de oro blanco y se arrodilló ante ella.

—No, Marcos, no lo hagas, por favor.

—Señorita Amanda, ¿quieres casarte conmigo?

Amanda se quería morir. Desde niña había soñado con ese momento y desde luego nunca lo había imaginado así, de la boca de una persona a la que se había dado cuenta que no amaba y tras un viaje en el que había perdido la dignidad, la conciencia y el corazón. Sus ojos se inundaron también de unas lágrimas que Marcos interpretó como emoción por el bonito momento que había preparado y, cuando estaba a punto de coger su mano para ponerle directamente el anillo, Amanda respiró hondo y enjuagándose las lágrimas, respondió:

—No.

El personal del restaurante, que estaba observando la escena desde un discreto lugar, se miró entre sí sin saber cómo reaccionar. Rápidamente, el jefe de cocina pidió que cortaran la música y les indicó a los camareros que retomaran su trabajo para que la vida volviera al restaurante y los pocos comensales que aún quedaban allí, quitaran sus ojos de la bochornosa escena.

—Lo siento, Marcos —Amanda lloraba mientras su chico se había quedado plantado en el suelo sin poder ni siquiera reaccionar para levantarse—. Lo siento de verdad. No puedo explicártelo ahora mismo, necesito recomponer mi cabeza, necesito... no lo sé, Marcos, no sé lo que quiero, pero debo ser sincera conmigo y contigo y lo que sí sé es que esto no es lo que deseo ahora.

Al final, Marcos logró levantarse, guardar de nuevo el anillo en el bolsillo derecho de su pantalón de pinzas y tomar asiento. Respiró, tratando de asimilar la situación y tomando la mano de su chica, trató de salvar aquel momento:

—No pasa nada, tranquila, es un paso muy grande. Entiendo que no estés preparada.

—No, Marcos, no. No es eso. No quiero seguir con la relación.

—¿Hay otro? Eso es, hay otro.

—No —esa pregunta, había logrado hacer encajar un poco el complicado puzzle que tenía en su interior—. Eso es lo peor, Marcos. Nunca es por otro. Siempre es por uno mismo.

Sin dar réplica, Marcos se levantó, pagó en efectivo para retrasarse lo

mínimo posible y dejando una buena propina, se marchó del lugar sin mirar atrás.

Amanda, por su parte, no podía moverse de su asiento. Algo en su interior le decía que no estaba haciendo lo correcto y culpó al maldito destino de las vueltas repentinas que puede dar la vida. Aquella debía haber sido la noche más feliz de su vida, pero se arruinó por un fantasma del pasado que ahora estaba más vivo que nunca.

Un camarero, se acercó con una sonrisa incómoda tratando de darle un poco de confort, y extendiéndole su mejor botella, le preguntó:

—¿Un chupito con mucho alcohol? Invita la casa.

Capítulo 12

Berlín/Madrid, año 2.018

*“Todos somos un domingo por la tarde en la vida de alguien.
Y yo, cada domingo, vuelvo a decir que se acabó.
Y entonces me vuelvo a enamorar un poquito más”.*

Madrid:

Diciembre de 2018. Una nueva ruptura en la vida de Amanda. Si es que se le podía llamar así. Había perdido la cuenta de con cuantos hombres había tratado ya de recuperar la ilusión, pero el desenlace siempre terminaba siendo el mismo. Cuando ellos le proponían algo más serio, ella salía corriendo despavorida. La vida al revés. No es que no quisiera enamorarse, al contrario, seguía buscando desesperadamente alguien que le ofreciera el calor de un hogar, pero inevitablemente siempre los comparaba con Aarón o, más que con él, con todo lo que le había hecho sentir y todo lo que aún seguía palpitando en su corazón ante la simple idea de volver a encontrarse con él en el metro, en la calle, en el fin del mundo. Ojalá pudiera volver a sentir eso con alguien, mientras tanto, seguiría tratando de ilusionarse y afrontando con madurez cada nuevo tropiezo. Quizás la vida ya le había puesto por delante su única oportunidad de amar de verdad y la había dejado pasar. Quizás ya no había más para ella.

Cada noche, una idea la martirizaba hasta el punto de desvelarse a veces de madrugada y no poder volver a conciliar el sueño: *“Si le hubiese pedido que se quedara en alguna de las dos ocasiones que la vida nos dio la oportunidad de estar juntos, ¿lo habría hecho?, ¿o quizás él también quería pedírmelo pero no se atrevió porque suponía que mi respuesta iba a ser un no?”*. Al final, siempre ocurre lo mismo: la vida nos ahoga con las palabras que no pronunciamos en su momento. Las evitamos, nos las tragamos, creyendo que así estamos salvándonos de una gran caída, pero no sabemos que tarde o temprano tendremos que saltar ese precipicio y que, para entonces, la distancia hasta el suelo será mucho más elevada. Y la caída, mortal.

En esos dos años, no volvió a saber nada de Marcos. Nunca le cogió el teléfono y la única vez que se le ocurrió esperarle a la salida del trabajo para poder darle una explicación, él no quiso escucharla y la dejó plantada bajo su paraguas amarillo. Un amigo en común le había contado que estaba con otra chica, se alegraba por él, ojalá alguien pudiera hacerle feliz, ojalá su herida estuviera ya cerrada. Nunca quiso hacerle daño, simplemente se dio cuenta a tiempo que no era el amor de su vida. Y mucho se temía, que este ya tenía

nombre, apellido y una vida plena en Berlín.

Aquel domingo, lo aprovechó para empacar las pocas pertenencias que Braulio había dejado en su casa en los apenas dos meses que duró su intento de relación. Sabía que no había hecho bien dejándole por teléfono, pero un error más en su lista de pecados no iba a acelerar su entrada en el infierno. Probablemente a estas alturas ya tenía una plaza reservada con su nombre.

Los domingos no dejan indiferente a nadie. Para unos, es el día que por fin pueden descansar y dedicarle tiempo a sus seres queridos; para otros, es una sucesión de horas inconclusas aliñadas con Ibuprofeno y café. Pero al final del día, cuando cae la noche y el lunes amenaza con llegar, todos nos vamos a la cama con una extraña sensación en el cuerpo. Aquello en lo que pensamos un domingo por la noche, es realmente lo que más deseamos.

Pasó el día en pijama y decidió pedir algo de comer para no tener que gastar sus escasas energías en cocinar. Mientras esperaba al repartidor, mató el tiempo de espera llamando a su mejor amigo, el confidente perfecto al que acudía cada vez que su cabeza y su corazón no se encontraban en sintonía. Él no conocía la segunda parte de la historia de Aarón, pero aunque le faltaba la pieza más importante del puzzle, siempre sabía cómo devolverle la sonrisa cuando sentía que las cosas no iban del todo bien.

La conversación apenas duró un par de minutos, pero le prometió que la llamaría por la tarde para que le contara mejor qué estaba pasando por esa cabecita loca. Se estiró en el sofá para coger el periódico y echar una ojeada a la actualidad, mientras volvía a recolocarse la manta. En la portada, vio que ya había salido la lista de nominados para los Premios Goya. Buscó el artículo completo para ver quienes habían sido los agraciados y sobre todo para apuntar la fecha del evento en la agenda, seguramente la enviarían para hacer un reportaje gráfico de la Gala. El periódico había decidido dedicar varias páginas a tal acontecimiento, apenas faltaban menos de dos meses para la cita que tendría lugar a principios de Febrero y sabía que en las próximas semanas no se hablaría de otra cosa. *“Los mismos nombres de siempre”*, pensó, pero al pasar la página, sus ojos se abrieron como hacía tiempo que no lo hacían. No podía ser verdad.

La cara de Aarón, exactamente igual que la recordaba, le sonreía desde las páginas del periódico dominical. En el pie de la foto pudo leer que estaba

nominado por “*Lo que nunca fue*” a la Mejor Canción Original. La sangre se le heló, le faltaba la respiración. Había escuchado esa canción miles de veces y aunque pudiera sonar pretencioso, estaba segura de que la había compuesto pensando en ella. Era su historia convertida en arte.

Se le veía feliz, se alegraba tanto por él... Pero de pronto, su imperfecto mundo volvió a convertirse en ruinas al reparar en un dato importante. Si Aarón iba a acudir a la gala de entrega de los premios, eso significaba que visitaría Madrid. Volverían a compartir ciudad. Volverían a...

Movió la cabeza de un lado a otro intentando apartar esa idea. No, no podía volver a irrumpir en su vida. Seguramente él acudiría con Claudia. Seguramente, su mundo volvía a estar tranquilo, como lo estaba antes de que el metro de Berlín les uniera de nuevo, y un encuentro ahora no les haría ningún bien a ninguno de los dos.

Acarició la foto con las yemas de los dedos y una sonrisa triste invadió su rostro. Le echaba tanto de menos...

Berlín:

La felicidad absoluta debía ser algo parecido a esto. Aarón acababa de colgar el teléfono y las piernas aún le temblaban. Brad, su mejor amigo y representante, le había llamado eufórico y entre gritos y palabras indescifrables, había logrado entender que estaba nominado a la Mejor Canción Original de los próximos Premios Goya de España. La película española con el mismo nombre había sido todo un éxito en taquilla y la canción ya le había generado una buena cantidad de euros en concepto de derechos de autor, pero esta nominación significaba la recompensa definitiva a diez años de esfuerzo y dedicación en los que había tenido que renunciar a mucho por la música. Todos tenemos un gran sueño al que no nos atrevemos ni a llamarlo así por lo estúpido que nos parece conseguirlo, y sin duda el de Aarón era un reconocimiento como este.

No pudo contener la alegría y fue a despertar a Claudia. Era domingo y aunque el sol ya comenzaba a colarse por la ventana de su apartamento de Windscheidstrasse, su dulce mujer seguía durmiendo plácidamente sin importarle que el reloj marcara algo más de las nueve de la mañana. Él se había levantado bastante antes para comenzar a trabajar en la que hasta ahora era la habitación de invitados, le quedaban todavía muchos muebles por armar, paredes que pintar y otras cuantas tareas que hacer para acondicionarla a su nuevo uso, pero no había querido despertar a Claudia. Desde que había entrado en el segundo trimestre de embarazo, pasaba el día durmiéndose por las esquinas. Seguía trabajando en la misma empresa, aunque hacía ya bastante tiempo que había logrado bajar el ritmo. Había conseguido salir a tiempo del trabajo, no regalar más horas extras ni llegar a casa a las tantas día sí, día también. Aarón agradecía poder disfrutar más de ella. Hacía tiempo que el recuerdo de Amanda había dejado de dolerle y se había resignado a vivir sin ella, pero a disfrutar de todo lo bonito que la vida le estaba regalando. Y sí, aquella maravillosa semana junto al que algunos dirían que fue el amor de su vida fue una de las cosas más bellas que le pasaron, pero por fin había logrado encontrar el equilibrio entre echarla de menos y seguir disfrutando de todo cuanto tenía, que no era poco.

Antes de compartir en las redes sociales la gran noticia, entró en la

habitación de matrimonio para contárselo a Claudia. Quien nos ha acompañado en nuestros fracasos, merece siempre ser parte de nuestros éxitos. Volvió a entrar en la cama, se arropó con las cálidas sábanas que aún conservaban el calor de toda una noche entre ellas y entre caricias, despertó a su esposa. Esta, le respondió con una especie de sonido gutural que bien podría haber sido enviado por su futuro bebé y entreabrió los ojos mientras le devolvía la sonrisa.

—¿Qué hora es?

—La hora de ganar un Goya.

—¿Qué?

—Me han nominado a la Mejor Canción Original en los Premios Goya de España.

—Pero... ¡¿qué?! —ahora sí que había despertado—. ¡Es increíble!

—Me acaba de llamar Brad para contármelo. Me esperan unas semanas de locos, hoy se publica en la prensa española y ya me ha avisado que tengo la agenda a tope. Me llamarán de mil medios, tendré que dar un montón de entrevistas y las ganancias por las reproducciones de la canción se van a disparar. ¡Nos ha tocado la lotería! —vio en la cara de su mujer una mezcla entre ilusión, felicidad y un poco de preocupación—. Tranquila, Brad sabe que tu embarazo es de alto riesgo y que no te puedo dejar sola ahora. Va a cuadrar las entrevistas para que las hagamos desde Berlín y las agencias de comunicación enviarán el material a España. Solo tendré que viajar para la ceremonia de entrega.

—¿Cuándo es?

—A principios de Febrero.

—Oh, no...

—¿Qué ocurre?

—Para entonces estaré de ocho meses, no podré volar.

—No había caído en eso... —a Aarón realmente le apenaba no poder compartir una de las noches más importantes de su vida con Claudia—. Supongo que Brad podrá acompañarme. No te preocupes, si consigo ganar, te lo dedicaré. A ti y a nuestra pequeña.

Le dio un beso en la frente, de esos que siempre van cargados de cariño, y le acarició la tripa para compartir también con ella el momento tan importante que estaba viviendo.

Cuando Claudia se levantó para ir al baño y Aarón se quedó a solas con sus emociones, el fantasma de Amanda volvió a irrumpir en su memoria. Madrid. Después de diez años sin pisar su ciudad natal, iba a regresar adonde todo empezó. Y por circunstancias de la vida, lo iba a hacer sin Claudia.

Amanda no le había buscado en los dos años que habían transcurrido desde que Alemania les volvió a juntar, supuso que para ella todo se había quedado en un bonito recuerdo. Quizás ya había encontrado al sustituto de su corazón, quizás otro hombre le había removido por dentro más que él, quizás a esas alturas de la vida se había dado cuenta que para ella fue todo una ilusión, una bonita historia salpicada por la magia que solo Berlín sabe aportarle a nuestra vida. Probablemente ya estaría casada o a punto de hacerlo, quién sabe si con una circunferencia en su vientre igual que la que portaba Claudia.

Se movió nervioso. El revuelo mediático que iba a causar su nominación al Goya sin ninguna duda iba a llegar a los oídos de Amanda. Si ella quería, si realmente le había estado pensando y soñando estos dos años, le buscaría... Iba a ser fácil para ella saber exactamente el lugar y la hora donde podría encontrarle y con su condición de fotógrafa de eventos no tendría ningún problema en acceder a él. ¿Podría ser aquello una nueva oportunidad del destino para volver a reunirse? Sin duda, así lo era. Solo que esta vez, les daba la opción de elegir si querían volver a verse o continuar como si nada.

La serendipia volvía a colarse en sus vidas. Y en esta ocasión, era Amanda quien tenía la pelota en su tejado.

A decir verdad, ni siquiera él sabía si realmente quería volver a verla. Una parte en su interior lo anhelaba más que nada en el mundo: volver a verse reflejado en sus ojos, saber que su sonrisa se curvaba gracias a él, sentirse capaz de todo tan solo durante unas horas, compartir con ella un éxito tan grande como el que estaba a punto de saborear. Pero, por otro lado, también sabía que no quería volver a caer en aquello. Volar en sus brazos aquella noche había sido su mejor error. Benditos errores que nos revuelven las entrañas y la vida y de los que siempre pagaríamos las consecuencias una y otra vez. A fin de cuentas, ¿la vida no es eso? ¿Disfrutar equivocándonos? ¿Sentirnos humanamente imperfectos? Tal vez por su condición de artista o por la extremada sensibilidad que poseía, Aarón siempre tuvo claro que el día que se encontrara en su lecho de muerte, entre los flashes de los mejores momentos de su vida aparecerían aquellas locuras de juventud (y de no tan juventud), aquellos errores inconfesables y aquellos sueños que cumplimos y que tanto

sudor nos costó conseguir. Porque lo que también tenía claro es que los momentos de descanso, las rutinas absurdas y banales que nos autoimponemos y los días grises y planos nunca aparecerían en el tráiler de su vida. Y quería que durara mucho, que fuese un corto o, quién sabe, si un largometraje con una reedición de escenas especiales. Vivir es el precio que pagamos por equivocarnos, por cometer errores.

¿Volver a ver a Amanda sería un error? Gracias a aquel fugaz encuentro en el Hotel de Rome y a la despedida en el Aeropuerto de Schönefeld, Aarón había logrado alcanzar una paz interior que no había tenido en los últimos años. Ya no cantaba a su musa con desesperación, con el dolor de una herida abierta, ahora lo hacía con la nostalgia de quien pudo y no quiso ser. Había sido su elección, había podido decidir. Sus letras sonaban más melancólicas, pero menos rabiosas, como quien asume que permanecer en tierra a veces puede ser mejor que naufragar, aunque siga acudiendo cada día a ver el atardecer desde el malecón.

Claudia salió del baño y le propuso hacer algo para celebrar aquel día.

—Hagamos algo especial, no sé, algo que te recuerde a la canción, algo que quieras que se quede siempre ligado a este día, a esa banda sonora que va a suponer tanto para tu carrera.

—¿Por ejemplo?

—Imagínate que la canción es un lugar. ¡Elige! Te has ganado tener carta blanca para ir donde quieras.

Y entonces Aarón, lo supo. Propuso ir a comer a Windburger y después tomar unos cócteles en el rooftop del Hotel de Rome. Porque siempre se vuelve a los lugares donde has sido feliz. Quizás, después de todo, sí quería reencontrarse con Amanda en Madrid...

Capítulo 13

Madrid, año 2.019

*“Nunca te diré que aquella noche,
yo también soñé contigo.
Nunca te diré que resucitaste a mis mariposas,
que me diste alas y caí.
Nunca te diré que yo también quería,
solo si tú querías. Y si no, también.
Nunca te diré que perdimos el tren
mientras soñábamos con volar.
Nunca te diré que este valiente,
a fin de cuentas, solo es un cobarde más”*

Llegó el gran día. Los meses previos a la Gran Gala de los Goya ni siquiera habían pasado lentos. Las Navidades en familia, los pequeños sustos que el embarazo de Claudia les había dado, la apretada agenda a consecuencia de su nominación y las interminables horas de estudio habían conseguido que Febrero llegara antes de lo previsto. Despedirse de Claudia fue más duro de lo que pensaba; hacía ya varios años que no salía del país sin ella, la vida del músico itinerante ya no le llamaba la atención y vivir nuevas experiencias sin ella ya no era algo que mereciera la pena. Claudia se reía y le recordaba que podrían vivir separados durante dos días, pero algo en el interior de Aarón se mantenía alerta.

Brad y él aterrizaron en el Aeropuerto de Barajas a primera hora de la mañana del sábado. Alguien de la Academia fue a recibirles y entre risas, les preguntó si estaban preparados para el maratón que les esperaba.

Al tratarse de un artista internacional y haber despertado un gran revuelo con su canción, los medios españoles habían colapsado la agenda de Aarón para el sábado. Todos querían entrevistarle, tomar la foto de rigor en exclusiva por si aquel emigrante regresaba a Berlín el domingo con la estatuilla bajo el brazo. En condiciones normales se habría quedado más tiempo para atender sus compromisos profesionales, que no iban a ser pocos, pero incluso Brad comprendió que no eran las mejores fechas para alejarse demasiado de una Claudia a punto de dar a luz.

El embarazo se estaba desarrollando con algún que otro contratiempo y, aunque los médicos ya aseguraban tenerlo todo bajo control, no descartaban la posibilidad de que el bebé llegara antes de tiempo. Ni un Goya, ni un Oscar, ni siquiera un Grammy, valían lo suficiente para Aarón como para perderse la llegada de su primer hijo. Llega un momento en la vida en el que las prioridades cambian.

El chófer les condujo hasta el Madrid Marriot Auditorium Hotel, ubicado junto al propio aeropuerto. El trayecto duró apenas unos minutos y, tras descargar la pequeña maleta de mano que llevaban consigo Brad y Aarón,

tomaron las llaves que ya tenían en su posesión gracias al contacto de la Academia y se dirigieron a su habitación para dejar sus pertenencias y comenzar con el trabajo.

La comodidad de alojarse en el mismo hotel donde tendría lugar la celebración nocturna era todo un punto a favor para poder cumplir con la programación establecida. Miró su reloj: las diez y diez de la mañana. Le quedaban por delante siete horas de contestar a las mismas preguntas una y otra vez. Los periodistas a veces demostraban tener muy poca imaginación, por eso le encantaba cuando aparecía alguien que rompía todos los cánones con alguna pregunta políticamente incorrecta o, al menos, algo medianamente inteligente que le pusiera contra las cuerdas. Cuando esto ocurría, menos veces de lo que desearía, le gustaba guardar silencio unos segundos, escudriñar los ojos de quien tenía delante y tratar de devolverle el momento incómodo. Llevaba ya demasiados años en esta profesión y había aprendido a reconocer quién realiza estas preguntas con la seguridad que aporta una dilatada experiencia como bagaje o quién actúa movido por las ganas de comerse el mundo tan propias de los que están empezando.

Se dirigió hasta la suite que el Hotel Marriott habilitó para la prensa, reconvertida en diferentes boxes para que todos pudieran hacer su trabajo sin molestar a los demás.

—Sonríe, estás muy tenso —Brad le dio una palmadita en la espalda y ocupó su posición como representante, detrás de los focos pero observando atentamente todo lo que ocurría alrededor de Aarón.

Tenso era un adjetivo que ahora mismo se le quedaba corto. Debía ser uno de los momentos más felices de su vida, y no cabe duda que en cierto modo lo era, era plenamente consciente de que atesoraría en su memoria cada palabra, cada olor, cada detalle de ese momento por insignificante que fuera. Aarón tenía muy buena memoria y la capacidad de poder viajar de vuelta a cualquier momento de su vida tan solo cerrando los ojos. Quizás por eso era tan buen compositor: aparentemente, era una persona normal, incluso quienes no habían llegado a conocerle bien podrían decir que era algo frío; pero por dentro se movía todo un manantial de sentimientos provocados, la mayoría de las veces, por sus recuerdos. Esencias de una vida vivida siempre con el vello de punta, cuyas emociones sabía transmitir al papel cuando se trataba de crear una nueva canción.

No podía decir que había soñado muchas veces con un momento como ese. No se había atrevido, aquello era algo que siempre le pareció tan fuera de alcance que ni siquiera formaba parte de las metas de un mortal normal como él. Porque por encima de todo, a Aarón le gustaba decir que tenía metas, no sueños. Solo así sabía que existía la posibilidad de llevarlos a cabo.

Las palabras de su amigo y manager consiguieron aliviar un poco su tensión. No se trataba de nervios, controlaba bastante bien aquel tipo de situaciones. Ni siquiera incomodidad por no saber las preguntas a las que se enfrentaría. Pero regresar a Madrid después de tanto tiempo y saber que al girar la cabeza en cualquier momento podía encontrarse con aquellos ojos color café que consiguieron llevarle al cielo y al infierno a la misma vez, le generaba una sensación difícil de controlar.

El día transcurrió con absoluta normalidad: de nuevo los periodistas demostraron estar todos cortados por el mismo patrón. Qué has estado haciendo estos años, por qué te fuiste a Alemania, cómo te va en el apartado personal, te has planteado regresar a España... Contestó a las mismas preguntas una y otra vez, hasta que apareció la última periodista.

Una chica joven en cuya tarjeta de identificación se podía leer el nombre de Ainhoa, de veintipocos años, con una actitud algo prepotente a pesar de la poca experiencia que debía tener a sus espaldas por su edad. Era la última cita de su agenda y Aarón estaba ya cansado, apenas había podido parar diez minutos para degustar un par de pinchos que el catering del hotel les había dejado en la suite. Deseaba terminar con aquellos interrogatorios insustanciales y regresar a su habitación para ducharse, llamar a Claudia y respirar frente al espejo antes del gran momento.

Tras las primeras preguntas de rigor, la joven periodista lanzó un misil directo al corazón de Aarón:

—¿Hablarás alguna vez de esa historia que nunca fue? —sus vivarachos ojos le miraron deseosos de encontrar el titular que convertiría su artículo en viral.

—¿Perdona?

—La canción se titula “*Lo que nunca fue*”, cuéntanos Aarón, ¿quién es tu musa? ¿Cuándo sucedió?

—La vida, mi musa siempre es la vida en todo su esplendor. A veces salgo a la terraza a componer, observo a cualquier desconocido que en ese

momento atraviesa la calle para dirigirse quién sabe dónde, o a esa pareja de amigos que toma una cerveza en un bar, o incluso al conductor que mueve nervioso las manos parado en el semáforo de la esquina. Me encanta imaginar sus vidas, hacia dónde se dirigirán y lo que es más importante, si realmente es ahí donde les gustaría estar o si su mente fantasea en otro lugar.

—Eso está muy bien para temas como *“Cuando el olvido vino a verte”*, *“No basta una vida”*, *“La chica de los ojos tristes”* o *“Cosas que nunca te dije”*, pero sinceramente y si me permites hacer una apreciación personal, soy seguidora de tu carrera desde que tengo uso de razón y creo que *“Lo que nunca fue”* es un tema escrito desde el corazón. Y para ser más concretos, desde el corazón roto.

—Agradezco tu valoración, eso significa que he hecho un buen trabajo. Pero no es así.

—La escribiste en 2016, ¿qué ocurrió en tu vida en ese momento?

Tanta insistencia comenzaba a importunarle. Trató de mantener el tipo, de no tragar saliva ni bajar la mirada para no manifestar flaqueza en ningún momento que pudiera confirmar las sospechas de aquella chica que ya no le caía tan bien como antes. Le gustaban las preguntas comprometidas, pero era muy celoso de su intimidad y que hubiera alguien tratando de revolver en sus entrañas, en su vida personal, no era plato de buen gusto. Siempre había tratado de mantener alejada a ese tipo de prensa: quería vender su música, nunca a él. Seguramente aquella periodista sería de algún medio relacionado con la prensa del corazón. Nota mental: matar a Brad por ello.

—Por suerte o por desgracia, absolutamente nada. La vida del artista, al menos la mía, es mucho más dura de lo que puede parecer de puertas para fuera. Cuando no estoy trabajando, estoy en casa con mi mujer, que es maravillosa. Mi vida es mucho más plana de lo que puede parecer.

Antes de que la chica pudiera volver a replicar, Brad interrumpió la entrevista para salvar a su amigo, que agradeció en silencio con una respiración profunda. Pidió disculpas excusándose en la hora y dio por finalizado el día de entrevistas. Las siguientes serían en el backstage, con un poco de suerte, con el Goya entre las manos.

Recorrieron el pasillo hasta llegar al ascensor que les devolvería de

nuevo a su habitación. El tiempo se les había echado encima y tenían que darse prisa si querían llegar a tiempo a la alfombra roja. A pesar del revuelo que se vivía ese día en el hotel, un establecimiento habitualmente tranquilo, tuvieron la suerte de encontrar el ascensor vacío. Aarón aprovechó para desabrochar los botones superiores de su camisa. Hacía rato que sentía una sensación de ahogo en su garganta. Aquel gesto no pasó desapercibido para Brad; conocía demasiado bien a Aarón y sabía que algo le ocurría a su amigo.

—¿Todo bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Aarón, yo... —aquella conversación le resultaba bastante violenta a pesar de la confianza ganada con los años—. Bueno, me he quedado algo sorprendido con tu reacción con la última periodista. Me ha dado la sensación de que te afectaba demasiado la pregunta, como si...

—Estaba ya muy cansado después de todo el día sin parar de hablar, además no me gusta que se intenten meter en mi vida. Es muy difícil mantener separado lo personal de lo profesional.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es este mundo. Solo te conocen por tus letras y desde ahí intentan llegar hasta ti. Tómatelo como un halago.

—Supongo —suspiró resignado, mientras accedía al interior de la habitación. Bajó un par de grados la calefacción y se deshizo de los zapatos en cuanto atravesó el umbral—. Te veo ahora, ¿vale? ¿Nos llamamos cuando estemos listos?

La respuesta no le convenció, pero Brad decidió que era mejor dejarle que enfriara su mente bajo el chorro de agua caliente de la ducha. Le conocía demasiado bien como para saber cuándo hablaba su corazón o cuándo su respuesta verdadera había rebotado contra esa coraza que era absurdo que levantara también frente a él. Jamás le juzgaría, pero le entendía: quizás todos necesitamos guardarnos algo para nosotros, por mínimo que sea, para sentirnos menos vulnerables frente al mundo. Pero no por ello pudo evitar sentir curiosidad por aquello que su amigo escondía.

En la habitación de Aarón, sonó el teléfono mientras él apuraba los últimos minutos de calma en la ducha. Era Claudia, que solo quería desearle suerte y decirle que sus amigos ya habían llegado a casa para ver con ella la retransmisión en el Canal Internacional, con un buen cargamento de bratwurst

y cerveza Pilsen. Aarón lo escucho sonar a lo lejos pero abstraigo su mente para disfrutar de su momento a solas. Con todo el ajeteo de los preparativos y del propio viaje no había tenido apenas tiempo de pensar y ahora, en ese momento de paz, los recuerdos asaltaron su memoria y su corazón. ¿La vería aquella noche? Su pulso se aceleró. ¿Podrían intercambiar algo más que miradas en la lejanía? Suspiró. ¿Y si Madrid se transformaba en un nuevo guardián de sus secretos? Quizás era la niebla que rodeaba a la ciudad en aquella fría noche de Febrero, pero Aarón empezó a sentirse confundido. Confundido y nervioso, impaciente... Deseoso. Sabía que si Amanda aparecía en escena, que si la veía tras los flashes de la alfombra roja, podría volver a cegarse de nuevo.

El reloj que había dejado sobre el mueble del baño le devolvió a la realidad. Había llegado el momento. Salió de la ducha, tomó el albornoz blanco con el logotipo del hotel y se pasó una toalla por el pelo mojado para eliminar humedad mientras observaba en el espejo su rostro cansado e ilusionado por igual. *“A por todas, Aarón”*. Suspiró. Toda su carrera profesional se resumía en este momento. No era por el galardón, ni siquiera por el reconocimiento público ni el dinero que seguiría ganando gracias a él. Era la prueba definitiva para saber que todo había merecido la pena. Era una palmadita para aquel chico de veintidós años que renunció a todo solo por ser fiel a sí mismo.

Terminó de vestirse y mirando por la ventana aquella bonita noche en la que la Luna trataba de forcejear con la niebla en una silenciosa pelea de amantes nocturnos, comenzó a sentirse un poco culpable. De nuevo, ahora que la volvía a sentir cerca, aquella sensación había regresado. Malditas mariposas, ¿cuándo aprenderemos a silenciarlas?

Apoyado en el pequeño saliente de la ventana, le envió un mensaje a Claudia como respuesta a esa llamada que no pudo contestar: *“Comienza el show, ojalá estuvieras aquí. Gracias por ser siempre lo que sí pudo ser. Te amo”*. Silenció el teléfono, lo metió en el bolsillo interior de su elegante traje y salió al pasillo, donde un impaciente Brad ya le esperaba:

—¡Vamos, artista! No querrás llegar tarde a la alfombra roja. He hablado con Claudia, ¿la has llamado?

—Me he entretenido de más en la ducha, se me ha ido el santo al cielo. Pero le he mandado un mensaje. ¿Qué te ha dicho?

—Nada, solo quería hablar contigo y pensaba que estábamos juntos.

Me ha dicho que te diga que te quiere, que siente mucho perderse esto y que ya están todos allí con la tele puesta —le dio dos palmaditas en la espalda y con un entusiasmo desmedido, trató de quitarle la tensión que comenzaba a apoderarse de su cara—. ¡Vamos, Aaroncito! ¡Hoy nos coronamos!

Esperando su turno para posar en la alfombra roja, Aarón comenzó a pensar si el mundo no se había vuelto un poco loco. Y absurdo. Aquellas caras tan conocidas que posaban con una sonrisa, un peinado y maquillaje impecable y un vestuario de miles de euros, eran el referente de muchas personas, quienes los idolatraban sin ni siquiera conocerlos. Conocían el trabajo, pero nunca a la persona. La vida perfecta que mostramos en las redes sociales, pero jamás las miserias que salen a relucir cuando la puerta del hotel se cierra. En cierto modo, se sintió un poco culpable por participar de eso. En unos segundos, saldría ahí y sonreiría con su pose estudiado sin que nadie, absolutamente nadie, supiera que cuando mirara a un lado y a otro, no lo haría por ofrecer a todos los fotógrafos una buena instantánea desde su posición. No había nadie en el mundo a quien le pudiera contar su historia real, sin filtros. Y eso le hizo sentirse tremendamente solo. Tragó saliva y se prometió a si mismo que si cuando fuera un adorable viejecito que viera la muerte cerca aún seguía sintiendo algo por ella, le contaría su historia a sus nietos para dejarles como legado su mejor y mayor secreto. Imaginarse la escena le hizo reír por dentro por lo absurdo que sería todo y logró relajarse un poco, justo cuando el encargado del evento le hizo un gesto para indicarle que ya era su turno.

Tal y como había planeado, salió, sonrió y la buscó...

Pero ella no estaba.

Repitió sin éxito el escaneo visual de cada una de las personas congregadas frente a él junto a una cámara. No había acudido. A pesar de su creciente desilusión, mantuvo el tipo hasta terminar con la ronda de fotografías y continuó caminando con paso firme y espalda erguida rumbo al patio de butacas, donde Brad, que había cogido un camino alternativo, ya le esperaba. No pudo evitar preguntarle a uno de los organizadores por ella, de forma indirecta:

—Perdone, además de la prensa del Photocall, ¿hay más fotógrafos cubriendo el evento?

—Sí, cómo no, algunos se encuentran aquí dentro, gozarán de una posición privilegiada cuando comience la Gala para que puedan hacer un buen

reportaje. Y creo que alguno más ha pedido exclusivamente cubrir la parte del backstage con los ganadores... Todo el que quiera venir, puede hacerlo —dudó un momento, como si quisiera rebuscar en su memoria algún dato adicional—. Sí, así es, algún que otro medio ha pedido cubrir solamente esa parte. ¿Necesita ayuda? ¿Hay algún problema?

—No, para nada, era solo una curiosidad. Muchas gracias, ha sido muy amable —volviéndose hacia Brad, que lo miraba con cara de estupor, trató de relajarse—. En fin, que comience el show...

—Definitivamente hoy estás muy raro —no pudo evitar reírse al notar a su amigo tan diferente. Serían los nervios—. ¿Preparado?

—No. Pero... hemos venido a jugar.

Después de media hora interminable de espera, la iluminación del auditorio cambió radicalmente. El juego de luces y música comenzó y el presentador salió al escenario entre vítores y aplausos. Actuaciones musicales, discursos con demasiada carga política y una sala plagada de estrellas internacionales y algún que otro novato, daban la bienvenida a la cita anual más importante del cine español. Curiosamente, el orden de entrega de los Premios marcaba a la Categoría de Mejor Canción Original como la encargada de abrir la ronda de ganadores. Con ella se rompería el hielo, algo que hacía que Aarón estuviera todavía más nervioso de la cuenta. Nunca tuvo miedo escénico, por suerte para él y para su carrera, pero era inevitable pensar que aquello era una gran responsabilidad.

Tal y como había sospechado, sus pulsaciones se aceleraron cuando los encargados de entregar su premio nombraron a los nominados y salió su rostro en directo en la cuadrícula de la pantalla que tantísimas veces había visto desde casa. Aquello superaba todas sus expectativas. Surrealismo en estado puro.

—Pellízcame, Brad, esto no puede ser real —dijo sin apenas mover los labios y en un tono tan bajo que ni siquiera su amigo le escuchó.

Se suele decir que cuando estás al borde de la muerte, ves toda tu vida pasar ante tus ojos. Algo similar le ocurrió a Aarón en aquel momento. Toda su carrera desfiló ante sí mismo: las primeras notas que dio en la guitarra que le regaló su abuelo a muy temprana edad, sus primeras letras, todas sus noches en vela componiendo, la desesperación cuando la Señora Inspiración te

abandona, sus conciertos en escenarios grandes y también en los pequeños, la emoción de cada lanzamiento, la ilusión de cada logro... Y entre tanto recuerdo, apareció aquella noche en el Hotel de Rome de Berlín gracias a la cual compuso esta canción. Y entonces, sucedió:

—Y el ganador del Goya a la Mejor Canción Original es para... ¡“*Lo que nunca fue*”!

La cuadrícula en la que se encontraba dividida la pantalla con el rostro de los nominados se abrió para dejar paso a una única imagen: la de un Aarón totalmente en shock. Para él, la nominación ya era mucho más de lo que hubiese podido lograr nunca y para nada creía que podía ganar. Sin embargo, ahí estaba la vida, sorprendiéndonos una vez más.

El fuerte abrazo de Brad le devolvió a la realidad (y probablemente también le podría haber roto un par de costillas) y como si estuviera caminando entre nubes de algodón, avanzó por el enmoquetado pasillo para subir al escenario. Estaba flotando.

Tras las felicitaciones de los presentadores del premio, tomó la estatuilla entre sus manos y la miró, mientras pasaba nervioso la lengua entre sus labios, tratando de recuperar la voz en una garganta que se había quedado seca y muda.

Miró al público, que ya había dejado de aplaudir esperando a escuchar sus palabras, y observó a los fotógrafos congregados en primera fila. Sonrió amargamente al comprobar que allí tampoco estaba ella y perdió toda esperanza de verla aquella noche en Madrid. Se sintió muy estúpido al estar ensombreciendo aquel momento por una mujer que evidentemente no sentía lo mismo que él. No era, nunca fue. Había hecho su vida, estaba claro.

Un carraspeo del presentador hizo que volviera en sí y acercándose a los micrófonos, comenzó a hablar. Aunque no creía que iba a ganar, había preparado un emotivo discurso, por si acaso, pero en aquel momento fue incapaz de recordar ni una sola palabra. Así que, con la voz algo quebrada, decidió dejar hablar a su corazón:

—Gracias, muchísimas gracias a todos por este regalo que me acaba de dar la vida. Quiero dedicarle este premio por supuesto a mi familia y a mis amigos —miró a Brad, quien asintiendo con la cabeza le sonrió y le invitó a seguir—, a todos los que de una manera u otra me han acompañado a lo largo de mi camino. Sois parte del puzzle de mi vida y sin ninguna duda estaría

incompleto si faltara alguno de vosotros. Antes de terminar, me gustaría dirigirme a ti, que te sientes perdido, que crees que estas cosas solo les pasan a los demás, que no te atreves a soñar. Hazlo. Sigue soñando, en grande o pequeño, da igual, pero nunca pierdas esa capacidad de creer en un mundo mejor. Ese es el único secreto del éxito.

La sala rompió en aplausos mientras la figura de Aarón se perdía por la parte trasera del escenario. Más felicitaciones en el backstage y una nueva ronda de entrevistas y fotografías, esta vez con el ansiado galardón entre las manos.

Cuando el segundo ganador de la noche apareció en escena, por fin pudo apartarse de la mirada pública. La Organización le indicó que podía pasar a una de las salas habilitadas para los ganadores si quería estar más tranquilo para llamar a su familia o relajarse un poco. Lo agradeció enormemente. Necesitaba estar solo.

Entre aquellas cuatro paredes blancas, de repente, se sintió vacío, estúpido, inconcluso. Su mente no podía dejar de pensar en que ella no había acudido a la cita. Qué infantil fue creer que aquella noche Madrid les podría haber dado una tercera oportunidad. El recuerdo de su historia, la más bella historia del mundo, era unidireccional. Estaba claro que, mientras él se quedó en Berlín escribiéndole canciones cada madrugada, ella había regresado a su vida, desterrándole para siempre al cajón de los errores.

Capítulo 14

*“¡Qué bonitas las estrellas!
Tan fugaces, tan calladas.
Ellas aún creen que tú y yo...”*

Tenía el vello de punta y las lágrimas amenazando con navegar por sus mejillas. La salita de estar tenuemente iluminada tan solo por una lámpara de mesa, dejaba todo el protagonismo a un televisor en el que se estaba proyectando la Gala de los Premios Goya del cine español. Ni siquiera la abrigada mantita de cuadros con la que se tapaba las piernas ni la estufa que caldeaba la habitación, pudieron evitar un escalofrío recorriendo su cuerpo al ver a Aarón lograr ese gran reconocimiento. Lo había conseguido. Y ella no podía evitar sentirse orgullosa y triste a la vez. Su intensa mirada se le clavó en el alma y tratando de silenciar su agitada respiración, concentró toda su atención en el discurso. Oír su voz, ver su sonrisa, imaginárselo recorriendo Madrid y respirando el mismo aire que ella, hizo que se volviera a enamorarse de aquel chico que le robó el corazón un verano de hacía ya demasiados años. Si es que alguna vez dejó de estarlo.

Amanda apagó el televisor y como si se tratara de un ritual masoquista y autodestructivo, encendió la tablet para ver las fotos de aquellos días que compartió con él en el norte de Alemania. Hacía mucho tiempo que no las veía, no podía evitar que los recuerdos le hicieran daño, pero hoy necesitaba más que nunca empaparse de él. La primera vez que escuchó "*Lo que nunca fue*", no pudo dejar de llorar. Si con el resto de canciones le parecía algo narcisista pensar que todas hablaban de ella, con aquel tema no le cupo ninguna duda. Había perdido la cuenta de las noches que había cerrado los ojos escuchándola, de las mañanas de lluvia que había desayunado con un café y su melodía. Sentía que aquello era su gran tesoro, la suerte de su vida, el secreto compartido en silencio entre dos almas que a pesar del tiempo y la distancia, mantienen en su interior algo indestructible. "*¿Por qué no pudimos ser, Aarón?*". Se detuvo en su foto preferida, una instantánea distraída de un momento feliz bajo las estrellas berlinesas. Después de aquel año, no había vuelto a la ciudad. Había rechazado las ofertas de trabajo que le surgieron para cubrir de nuevo IFA, no quería arriesgarse a encontrarse otra vez con él. A veces, es mejor convertirse en un bonito recuerdo que en un error que se repite con demasiada frecuencia. No quería ser una piedra en el camino de Aarón. Le constaba que era muy feliz en su vida y ella... bueno, ella al menos

respiraba. Tenía un trabajo que le llenaba y le daba una buena estabilidad económica, además de unos amigos con los que nunca le faltaba una grata compañía, pero su corazón era incapaz de amar a nadie más que no fuera él.

Había pasado bastante tiempo desde que dejó a Marcos y aunque intentó volver a ilusionarse, sus difuntas mariposas siempre le recordaban que aquellos labios, aquellos ojos y aquellas manos no le pertenecían a ninguno de los que pudieran llegar. Si había una mínima posibilidad de volver a ilusionarse con alguien, el recuerdo del fantasma de Aarón volvía a aparecer implacable.

Lo que más le dolía de aquella noche era esa sensación de no saber si estaba haciendo lo correcto. Uno de sus clientes principales le había ofrecido cubrir el evento en el backstage; en un primer instante, ella aceptó, ilusionada como una colegiala por imaginar ese momento de volver a encontrarse frente a frente con él. En aquellos meses desde su despedida en el aeropuerto, no había pasado un solo día en que no se hubiera despertado con su recuerdo, algo que lejos de hacerla sentir triste, le daba fuerzas para continuar. Quién sabía si la vida les tenía guardadas más sorpresas, quién sabía si al final de sus días, sería su mano la que sostendría la mano anciana de Aarón. Todos tenemos una luz que ilumina nuestro camino. Y la suya, sin duda, era la esperanza de volverle a ver, de poder ser. Pensar en su sonrisa y en el breve instante de vida que compartieron era suficiente para sentir que podía echarle coraje a la vida. Lejos de hundirse, el amor, su amor, siempre fue su motor. Y eso que nunca fueron... Eran increíbles todas las cosas que quería ser gracias a él.

Miró el reloj. No vivía demasiado lejos del lugar donde se celebraba el evento. Aún podía llegar a tiempo para verle, ¿estaría él esperándola? ¿Habría llegado a España pensando en la remota posibilidad de volver a encontrarse con ella en las calles de Madrid? ¿Le hubiese gustado verla tras la cámara en la que probablemente estaría siendo la noche más feliz de su vida? Las preciosas letras que componía para ella, deberían haber sido suficientes para que Amanda obtuviera una respuesta, sin embargo, no podía evitar cuestionarse si realmente Aarón quería volver a jugársela por ella.

Desde que vio su cara en los periódicos el día que salieron los nominados, no había dejado de buscar información sobre él. Había leído cada entrevista que le habían hecho y a esas alturas ya estaba más que informada

sobre su vida. Iba a ser padre dentro de poco, probablemente esa era la razón por la que decidió dejar las cosas como estaban y no acudir aquella noche al Hotel Marriott Auditorium. Él no la había buscado en todo este tiempo, pero quién sabe si pensando exactamente lo mismo que ella.

Volvió a mirar el reloj. Aún estaba a tiempo, aún podía jugársela, todavía podía decirle que no había pasado un solo día sin echarle de menos.

Apagó la tablet, se levantó del sofá y se dirigió al dormitorio de su amplio apartamento para uno. Tomó una decisión. Se puso el pijama y se metió en la cama, buscándole una noche más en los brazos de Morfeo y pensando en si esta era la última oportunidad que la vida les quería dar.

A apenas 5 kilómetros de allí, Aarón entraba de nuevo en su habitación con el busto de Francisco de Goya y Lucientes entre sus manos. Había abandonado la fiesta post-gala demasiado pronto, pero se disculpó con el resto de compañeros de profesión alegando que le dolía bastante la cabeza y que a la mañana siguiente tenía que coger temprano un avión. Era cierto que no se encontraba bien, pero era su corazón el que reclamaba algo de atención. Brad, que tenía más ganas de fiesta que él, se quedó.

Se sentía afortunado y solo, tremendamente solo, curiosa contradicción. Sabía que a tres mil kilómetros de allí, Claudia le esperaba orgullosa; pero en estos momentos solo podía pensar en por qué Amanda no había acudido. Revisó las notificaciones de su móvil mientras se deshacía por fin de los Clarks que había comprado especialmente para ocasión, pero no encontró ni rastro de ella. Con cada mensaje de felicitación de un número desconocido, el corazón le daba un nuevo vuelco hasta que comprobaba que no eran sus dedos los que se escondían tras él.

Y entonces, quién sabe si por la soledad que nos inspiran los hoteles cuando regresamos a ellos sin compañía o por la fiebre del éxito para la que nuestra alma no siempre está preparada, hizo aquello que siempre se prometió no hacer. La buscó. Un par de búsquedas en las redes sociales le bastaron para encontrarse de nuevo con aquella chica que le hacía sentir tan pequeño aunque el resto del mundo le viera como alguien muy grande, alguien que lo ha conseguido todo. Sus ojos, su sonrisa. Estaba radiante y guapa, tal y como la recordaba. Maldijo a aquel niño de veintidós años que olvidó lo que realmente importa. Volvió a mirar los ojos desafiantes de la escultura de Goya y pensó de qué servía todo aquello si ella no estaba esa noche junto a él.

Sintió una gran tentación de contactar con ella, de enviarle un mensaje privado y decirle que no podía existir mayor premio en el mundo que saber que alguna vez su piel y su corazón llevaron su nombre.

Pero él tampoco dio el paso. Apagó el móvil y una noche más, sacó su vieja libreta y comenzó a escribir la letra de otra nueva canción de desamor, sin saber que a tan solo cinco kilómetros de allí, Amanda volvía a desvelarse por él.

A la mañana siguiente, sin apenas haber pegado ojo, Aarón atravesó sin mucha prisa el finger que le conducía a su avión. Era el momento de regresar a la vida que un día eligió.

Capítulo 15

Madrid, año 2.073

“Todos merecemos saber cuándo vamos a morir. Un día antes. Porque no es nuestra vida lo que pasa ante nosotros en esos dos segundos que transcurren justo antes de partir, cuando sabemos que ha llegado la hora, que ya no hay más, que se acabó. Time over. Son las cosas que no hicimos y sobre todo que no dijimos las que llegan para atormentarnos ahora que ya no queda tiempo. Todos deberíamos tener un crédito de 24 horas para saldar cuentas pendientes, para irnos en paz y para que ese nudo de la garganta no nos acompañe el resto de nuestra eternidad. Para no arrepentirnos. Todos estamos de acuerdo con esto y afortunadamente, todos tenemos tiempo aún. Entonces, ¿por qué no lo hacemos ahora?”

Hoy hace un día precioso. Lo sé porque los rayos del sol se filtran desde la ventana del hospital. Acabo de abrir los ojos tras una siesta a deshora y veo a mi preciosa hija Marta mirando con gesto preocupado al exterior. Apoya sus hombros sobre la pared, dejando descansar su cuerpo unos instantes. Sé que no lo están pasando bien con esta situación y me mata más pensar que ellos no son felices, que el efecto del maldito cáncer está ganándole la batalla a mi cuerpo. No siento pena por mí mismo, no me compadezco de esta situación. A mis ochenta y siete años podría morir de mil maneras: ahora ya sé que será un tumor lo que acabara con mi vida, pero podría haber sido cualquier otra cosa. Una caída tonta, un paro cardíaco o simplemente la edad. Nada es eterno, ni siquiera nosotros, aunque en demasiadas ocasiones creamos que sí. Si supiéramos lo rápido que pasa la vida, si realmente fuéramos conscientes de que este momento en el que yo estoy ahora va a llegar antes de lo que pensamos, sin duda nuestras existencias tomarían otro rumbo.

¿Habría hecho yo algo diferente? Probablemente no, o quizás sí, quién sabe, ahora ya es tarde. He sido muy feliz, mucho. He sido muy afortunado. Lo he tenido todo. Miro con los ojos entreabiertos la escena de mi habitación y no cambiaría por nada del mundo a aquellas personas que están aquí conmigo, sufriendo más que yo mismo. No querría ver a nadie más, ni siquiera a ELLA. El día que me muera, quién sabe si será hoy, lo haré completamente satisfecho de la vida que he tenido y de todas y cada una de mis decisiones. Estoy seguro que volveré a verla, en otro cuerpo, en otro siglo, en otro mundo. Y espero que esta vez la vida sí nos deje ser felices juntos, que podamos encontrarnos a tiempo, que sepamos reconocernos. Pero esta vez no era nuestro momento. En esta vida, no.

Siempre he pensado que hay una serie de personas con las que vamos encontrándonos vida tras vida. Y si miramos atentamente, sabremos reconocerlas. Son esas con las que nos sentimos extrañamente cómodos, con las que podemos ser nosotros mismos en todo nuestro esplendor, a pesar de lo que esto puede significar. Son esas personas a las que no querríamos perder por nada del mundo y con las que, a pesar de que la vida nos lleve por diferentes caminos, siempre nos une un hilo imperceptible e inquebrantable. La leyenda del hilo rojo.

Toso un par de veces y noto como todos los pares de ojos de esa habitación se giran hacia mí, preocupados. No puedo evitar reírme, lo que provoca que la tos vaya en aumento.

—Cariño, ¿estás bien? —Claudia se levanta rápidamente de la butaca en la que está leyendo uno de sus libros preferidos, *Pasiones Romanas*, un libro que a pesar de haber sido publicado a principios del milenio, a ella le sigue fascinando. A pesar de su avanzada edad, es envidiable lo bien que se conserva—. Llama al doctor, Pablo, dile que venga que tu abuelo no se encuentra bien.

—No es nada —vuelvo a toser—, estoy bien, no os preocupéis tanto. Id a descansar un rato, ¡me voy a morir igual estéis aquí mirándome o no!

—No seas tan cabezota, abuelo —mi nieta Amanda se sienta a mi lado y le pide a mi nuera Yolanda, la mujer de mi hijo pequeño Adam, que le acerque un poco de agua—, no nos vamos a ir mientras el médico no nos asegure que estás bien.

—¡Qué pesados sois! —me rio con aquel exceso de atención y acomodándome sobre mi costado izquierdo, les pido—. Dejadme descansar otro rato, tengo un poco de sueño.

No es sueño y yo lo sé perfectamente, pero no quiero alarmarles más de la cuenta. Noto que mi cuerpo se está apagando. Cada vez tengo más ganas de dormir y sé que en una de esas veces que cierre los ojos, será para siempre. Y no me da miedo. Como he dicho antes, he tenido una vida plena y feliz. A pesar de Amanda, mi gran espinita clavada, incluso a estas alturas me sorprende que su recuerdo siga llegando a mí en los momentos más importantes de mi vida. Maldito hilo rojo.

A pesar de todo, la paz que siento en ese instante tan cercano a la muerte es la mejor prueba de que no me he equivocado. Mi vida ha sido muy feliz. Aposté por la música y gané. Tuve una gran carrera profesional que me permitió no solo vivir con todas las comodidades que cualquier persona podría desear, a nivel personal mis logros han tenido más valor que cualquier estatuilla que ahora adorna la vitrina de mi amplio salón, al que sé que probablemente ya nunca volveré.

La música me ha permitido vivir experiencias que nunca estarán al alcance de aquellas personas “corrientes” que pasan su vida encerradas en una

oficina de ocho a tres. He viajado mucho, muchísimo; me quedo corto si digo que he conocido a miles de personas, no todas con buenas intenciones; he tenido la oportunidad de expresar mis emociones a través de mi música, de contarle al mundo mi verdad; me consta que he podido ayudar a otros, incluso alguien me ha dicho alguna vez que mi música le ha salvado. Exageran, lo sé, pero eso siempre me ha hecho sentirme mejor.

Y por encima de todo, he tenido amor, muchísimo amor. De mi familia de sangre, mis padres, mis hermanos, mis hijos, mis sobrinos, mis nietos... De Claudia, la miro y aún doy gracias a la vida por haberla encontrado y haber podido disfrutar de ella hasta mi último aliento. Y de Amanda, la dulce niña que me enamoró en ese verano inolvidable y con la que tuve la suerte de vivir la mejor noche de mi vida bajo las estrellas de Berlín. También me siento agradecido de haber podido amarla a pesar de que la vida no nos ha permitido estar juntos. ¿Fue la vida o fuimos nosotros, que no quisimos ser? Qué importa... Lo cierto es que nuestro amor fue tan grande, que darlo todo por ella se quedó corto. Quizás por eso nunca le di nada. Contradictorio, ¿verdad?

Doy gracias también por haber podido mantener mis recuerdos intactos hasta el fin de mis días. No me habría gustado olvidar mis mejores momentos, pero sobre todo mis sensaciones. La felicidad del día de mi boda con Claudia, el nerviosismo del nacimiento de nuestros hijos y nietos, la adrenalina antes de cada actuación o la placidez absoluta del día después del estreno de cada canción.

Quizás sí me arrepiento de haber dejado demasiado pronto los escenarios para dedicarme a escribir para otros y contemplar la vida desde la tranquilidad que nos dan las barreras. No sé hasta que punto el fantasma de Amanda influyó en mi decisión. Cuando su recuerdo dolía y picaba por igual, cantar nuestra historia buscando su rostro entre una marea de desconocidos, me afectaba demasiado. Cada noche, daba igual si estaba a cien o a mil kilómetros, si habían pasado dos o dos mil lunas, en cada actuación, en cada concierto, mi guitarra seguía sonando a ella. Por ella. Bajo aquellas luces azules de los focos, yo aún la buscaba entre los ojos de aquella multitud. Pero ya no estaba. Y cuando mi micrófono se apagaba y el lujo y el glamour se bajaban del escenario, volvía a sentirme solo. Una sensación injusta e irreal a partes iguales. Por suerte, nunca lo estuve. Pero no soportaba sentirme así.

Vuelvo a toser, cada vez con menos fuerza, haciendo tan poco ruido que mi familia ya ni siquiera puede escucharme. Eso me tranquiliza, no me

gusta verles todo el día pendientes de mí.

Al final de todo, ser músico fue la mejor decisión que pude tomar. Ahora que mi cuerpo se va de este mundo, me queda la tranquilidad de saber que un pedazo de mí se queda aquí, en mis canciones, un legado y un regalo que le dejo al mundo, ese que tanto me ha dado en mis ochenta y siete años. Mientras alguien me escuche, seguiré vivo.

Intento respirar, pero cada vez el aire pesa más.

Me gustaría poder decirle a mi familia una vez más que me voy en paz, que no lloren ni sufran por mí, que yo he vivido, con todas las letras y en toda la plenitud que se puede conjugar ese verbo que no siempre sabemos cómo afrontar y que tanto miedo nos da. Pero no quiero que mis últimos minutos se conviertan en una balsa de lágrimas. Dedico mis últimos instantes de consciencia a repasar los rostros de las personas que han pasado por mi vida. Mi familia, mis amigos, todos aquellos que han compartido una o varias etapas de mi vida. Incluso me acuerdo de mis mascotas. Con esfuerzo, mis labios dibujan una imperceptible sonrisa al recordarles. Por fin nos vamos a volver a ver, pequeños.

Pienso en Claudia y es lo que más me duele en este momento. Prometí que nunca la dejaría sola y Dios sabe que he renunciado a demasiadas cosas en mi vida para mantener mi promesa. Pero esto ya no está en mis manos.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Ahora sí noto que comienzo a perder el sentido de la orientación. Me pesan los ojos. Alguien ha apagado la luz. No encuentro el interruptor.

¿Veré un túnel?

Una escala de grises pasa frente a mi vista. Sé que es el final y aunque debería sentir miedo por saber que mi tiempo se agota, me siento agradecido por poder haber tenido estos bonitos recuerdos hasta el último momento.

Trato de despedirme, de emitir un último sonido, pero mi micrófono se ha silenciado. No queda tiempo para una última canción. Ha llegado el momento de bajarme del escenario de mi vida y esta vez sí que estoy seguro que estoy entonando los acordes finales. Una última nota, un último golpe de guitarra y se acabó.

Noto el sonido que llega a mis oídos como si estuviera envuelto entre algodones. De fondo, un pitido cada vez más lejano y el suave rumor de las voces de aquellos que fueron lo más importante de mi vida. Nos vemos pronto.

En otro mundo. En otra vida. Sé que con ellos también me une un hilo rojo.

Capítulo 16

*“Márcate la vida,
juega con fuego,
apuesta a perder.
Cae, cae todo lo que puedas,
desciende al inframundo
y después regresa (o no).
Vuélvete un yonki de las emociones,
de las montañas rusas,
de la felicidad y la tristeza.
Esas que a veces van de la mano”.*

Los rostros cansados de los familiares y amigos de Aarón delataban que la noche había sido larga. Velar a un ser querido nunca es fácil y a la tristeza por haberle perdido, se unía el cansancio de toda una noche sin dormir y de los días que habían pasado en el hospital desde que el adorable anciano empeoró. Aarón había sido el mejor marido, padre, hermano, abuelo y amigo del mundo. Y eso quedó en evidencia cuando en el tanatorio no cabía ni un alfiler más. No se trataba solo de una visita de cortesía por ser un personaje conocido y muy popular; todo el que se acercó a darle el pésame a la familia lo sentía de verdad. Fue muy querido por todo aquel que tuvo la suerte de conocerle y sin duda le echarían de menos. Él era de esas personas que dejan huella, de las que se habla bien en vida y no solo cuando nos quedamos para criar malas.

La ciudad de Madrid lucía más bonita que nunca. Un espléndido sol acunado por una suave brisa que rebajaba la sensación térmica un par de grados respecto a lo que marcaba el termómetro, ponía el telón de fondo perfecto para darle el último adiós a Aarón.

Claudia había envejecido en veinticuatro horas probablemente más que en los últimos cinco años. Se había ido su gran amor y su cuerpo había comenzado a dar las señales evidentes de querer irse con él. Sus hijos, Marta y Adam, vigilaban continuamente a su madre para que no le diera otro bajón de tensión que pudiera desencadenar en una caída o algo peor. A esta edad cualquier mínimo traspiés podía ser fatal.

El coche fúnebre, con una larga comitiva de vehículos tras él, llegó al Cementerio de la Almudena pasadas las seis y media de la tarde. Solo los familiares y amigos más cercanos acudieron a ese íntimo momento; el resto, se habían despedido en el Tanatorio Norte mostrándole sus más sinceras condolencias a la viuda y marchándose a casa con un nudo en el estómago por la pérdida de aquella gran persona.

Los empleados de la funeraria ayudaron a bajar el féretro del coche y acto seguido lo cargaron a sus hombros entre los hombres más allegados al difunto: su hijo, su nieto, su hermano y su yerno. Un río de lágrimas corrió por las mejillas de todos los presentes cuando depositaron el ataúd en su tumba y los operarios del cementerio procedieron a cerrarlo. Era curioso cómo, a

pesar de haberse considerado siempre un alma libre, en los días previos a su muerte el propio Aarón pidió un entierro convencional. Siempre había pensado que querría que esparcieran sus cenizas entre Berlín y Madrid, las dos ciudades en las que fue feliz, pero finalmente eligió quedarse en Madrid. Aquí nació y aquí debía morir: fin del ciclo.

Cuando el macabro ritual terminó, los allí presentes comenzaron a despedirse de la viuda y los descendientes directos del fallecido y empezaron a marcharse uno a uno. Marta y Adam, junto con sus parejas, sostenían a una débil Claudia que no quería regresar a casa, sus piernas se negaban a aceptar que su marido se quedaba allí, solo, sin ella.

—Disculpadme un momento, ahora os alcanzo en el aparcamiento — algo había llamado la atención de Pablo, que decidió regresar sobre sus pasos. Amanda le acompañó.

—¿Qué ocurre, Pablo?

—Mira esa mujer, está llorando sobre la tumba del abuelo. ¿No te resulta familiar? Hay algo en ella, que...

—No —mientras se acercaban, Amanda trató de escrutar a aquella anciana que lloraba desconsoladamente. Tenía que ser alguien muy cercano a su abuelo, pero no lograba reconocerla—. La verdad es que no.

Los dos jóvenes llegaron de nuevo hasta el lugar en el que ahora descansaba su abuelo. Se quedaron de pie, rectos, sin saber bien qué hacer o qué decir ante aquella desconocida que seguía acariciando el suelo y llorando mares de amargura.

El crujir de las hojas sobre el suelo devolvió a la anciana mujer a la realidad, llevándose un pequeño susto al levantar la vista y encontrarse de frente con aquellos muchachos. Fueron unos incómodos segundos de silencio, quizás dos o tres tan solo, los suficientes para que la mujer reparara en el gran parecido de aquel chico con Aarón cuando le conoció. Debía tener más o menos su edad. Nadie podría imaginar cuánto daría por volver atrás, volver a aquel momento en el que tenían el lujo de disponer de toda una vida por delante.

Amanda puso las manos sobre sus ojos y volvió a llorar mientras los chicos la miraban con un gesto extraño, mezcla entre confusión y empatía con su llanto. Los años tampoco habían pasado en balde por ella: sus rodillas

estaban bastante débiles, las manos le temblaban a consecuencia del Parkinson y la diabetes había hecho acto de presencia. Sin embargo, si algo tenía en común con Aarón, es que sus recuerdos se mantenían intactos. ¡Y qué recuerdos! Trató de limpiar sus lágrimas e incorporarse, avergonzada ante la mirada inquisitiva de aquellos desconocidos, pero las piernas flaquearon y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Pablo hizo gala de sus buenos reflejos y la levantó al vuelo, ayudándola a estabilizarse.

—¿Está usted bien? —preguntó preocupado. La conocía de algo, pero de qué...

—Sí... gracias... perdonadme, no debería estar aquí —se disculpó, con voz temblorosa, y sosteniendo su bastón en posición vertical giró su cuerpo para marcharse de nuevo.

—Perdone —Amanda interrumpió sus pasos—. Creo que no la hemos visto en el velatorio ni en el entierro. ¿Conocía a nuestro abuelo?

La anciana se volvió sobre sí misma. Abuelo. Aquellos dos jóvenes, guapos, educados y llenos de vida, eran parte del legado que el amor de su vida había dejado en este mundo. Les miró a los ojos, repasó cada rasgo de sus caras, observó con atención sus gestos, sus expresiones, y sin duda le reconoció a él en muchas de ellas. Sonrió y no pudo evitar pensar que ojalá aquellos chicos maravillosos fueran también sus nietos.

Bajó la vista y abrió los ojos como platos al reparar en la pulsera que la muchacha llevaba puesta. Siempre fue muy observadora. No pudo evitar tomar la mano de aquella chica entre las suyas y acariciar el nombre que se podía leer en aquella pieza de plata.

—Amanda... Amanda... —los ojos de la anciana volvieron a llenarse de lágrimas—. ¿Te llamas Amanda?

—Señora, ¿está usted bien? —la chica apartó la mano con desconfianza. Comenzaba a darle un poco de miedo—. Vámonos —le pidió a su hermano, pero este la frenó.

—Usted también se llama Amanda, ¿verdad? —Pablo tomó la iniciativa, tras entenderlo todo. Por fin pudo recordar de qué le sonaba su rostro: de la foto que su abuelo guardaba de aquel amor de verano y que le enseñó tras contarle su historia.

Amanda abrió los ojos y les miró con atención. ¿Cómo...? ¿Cómo podían saber quién era ella? No podía creerse que Aarón les hubiese hablado de ella, pero si no era eso, no le encontraba ninguna otra explicación.

Miró a su alrededor, tenía que estar soñando, eso era. Trató de recuperar la consciencia, de despertar de aquella pesadilla en la que Aarón ya no existía, pero no encontró ningún elemento que le indicara que aquel era el mundo de los sueños. Todo era demasiado real. Todo menos la conversación con aquellos dos muchachos que decían ser nietos de su amor y que, además de conocerla, la chica se llamaba igual.

—¿Es usted Amanda? —Pablo insistió.

—Así es —se secó las lágrimas con el pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo de su chaqueta—. Me llamo Amanda.

El Parkinson hizo acto de presencia con mayor fuerza, quedando en evidencia ante los chicos, que seguían mirándola como quien acaba de toparse con un extraterrestre. Estaban confundidos y emocionados a la vez, jamás habrían esperado aquel desenlace. Al final de todo, iba a ser verdad que el amor es lo más fuerte del mundo, incluso más fuerte que la propia muerte.

—Yo también me llamo Amanda —la hermana de Pablo volvió a tomar el control de la conversación. Comenzaba a sentir mucha ternura por aquella viejecita que no dejaba de llorar—. Me llamo Amanda, por usted.

—No puede ser... No puede ser... —lloró desconsoladamente—. ¿Puedo abrazaros?

Los tres, se fundieron en un bonito abrazo ante la tumba de Aarón, el protagonista de todo aquello. Pablo pensó en su abuelo y en lo mucho que le hubiese gustado vivir este momento.

—Pero, ¿por qué sabéis quién soy?

—Verá... cuando nuestro abuelo se enteró que estaba enfermo, nos dijo que nos quería contar el mayor secreto de su vida para que no se fuera con él a la tumba. Y su secreto, era usted.

—¿Aún me quería después de tantos años?

—Muchísimo. Nunca la olvidó.

—¿Fue feliz?

—Sí... —bajaron la voz, con miedo a que aquella respuesta le hiciera más daño a la pobre anciana, que inmediatamente se dio cuenta de aquello.

—Oh, no os preocupéis. Asumí desde... bueno, no sé qué os habrá contado exactamente.

—Todo, incluida la parte de Berlín, sí —los chicos le enviaron una sonrisa cómplice, que ella les devolvió ruborizándose.

—Vaya... ¡veo que después de todo él no supo mantener la boca cerrada! ¡Hombres! —se rieron sorbiendo sus lágrimas, aquel momento les estaba sentando muy bien a los tres después de tantas horas de dolor—. En ese caso, os reconozco que desde que nos encontramos en Alemania, asumí que debía renunciar a él si sabía que ya era feliz. Me alegro que haya sido así siempre.

—¿No le apena que no haya podido serlo a su lado? ¿No se arrepiente ahora de no haberlo intentado? Quiero decir... —Pablo, tan poco políticamente correcto como siempre, trató de escarbar en la verdad de aquella desconocida. Su abuelo siempre le decía que tenía alma de periodista —, le agradecemos mucho que respetarais a nuestra abuela, nosotros no estaríamos aquí si no hubiera sido así, pero tanto amor... tanto sentimiento... No sé, no entiendo que no lo intentarais al final de todo.

—Creedme si os digo que lo pensé mil veces. Qué digo mil, un millón. Pero me daba pánico no saber hacerle feliz, obligarle a abandonar toda su vida por mí, que a fin de cuentas solo era un castillo en el aire, un bonito recuerdo...

—¿Por qué nunca le buscó? Él se murió con esa pregunta en su cabeza —Amanda, menos delicada que su hermano, lanzó aquellas palabras directamente al corazón de su tocaya, que apretó los labios tratando de evitar derramar más lágrimas—. Por ejemplo, al poco tiempo de vuestro encuentro él regresó a Madrid, ganó un Goya con vuestra canción...

—Lo sé, estuve toda la noche viéndole a través del televisor y pensando en hacer una locura. ¿Él os dijo algo sobre esa noche?

—Sí, se quedó esperándola también. Como no la vio, pensó que ya le había olvidado.

—Qué tonta fui... qué tonta... ¿creéis que si hubiese ido habría cambiado algo? —volvió a sonrojarse y se sintió algo estúpida—. Perdonadme, no sois las personas más adecuadas a las que hacerles esta pregunta.

—Tranquila... Sí, probablemente. Quién sabe si aquella noche se podría haber reescrito la historia. Quizás sí, quizás no. Sabemos en qué

dirección va el tren en el que estamos subidos, pero nunca sabemos dónde podemos llegar a parar si nos bajamos y cambiamos de andén.

Durante unos segundos, se quedaron en silencio. Los chicos dejaron que aquella anciana procesara toda la información que estaba recibiendo, antes de lanzar la siguiente pregunta.

—¿Cómo sabía que nuestro abuelo había muerto?

—He seguido sus pasos todos estos años. No me malinterpretéis, no he sido ninguna psicópata. Pero me gustaba escuchar su música, estar al día de sus novedades, saber en definitiva que le iba bien... Cuando leí que había fallecido, simplemente me derrumbé —hizo una pausa y continuó—. Siento muchísimo que me hayáis visto. He seguido todo el entierro desde una distancia prudencial, no me parecía correcto meterme. Por eso esperé a que os fuerais, pero habéis vuelto y... Bueno, lo siento, de verdad.

—No se preocupe, nos alegra haberla conocido.

—Solo tengo una duda, ¿por qué regresó a España?

—Cuando nuestros padres eran adolescentes, a nuestra abuela la destinaron a las oficinas de su empresa en Madrid.

—Entiendo... ¡Qué curioso es el destino! Una semana en Berlín y nos encontramos... Más de treinta años en Madrid y no nos cruzamos ni una vez.

—Supongo que vuestro momento fue aquel.

—Supongo.

—Y usted, ¿se casó? ¿Tuvo hijos? —Pablo quería saber más.

—No, desafortunadamente no —dijo negando con la cabeza y adquiriendo de nuevo una expresión triste—. No porque yo no quisiera o porque me cerrara en banda. Nada más lejos de la realidad. Pero nunca encontré a nadie que me llenara tanto como él. Nunca.

El murmullo de unos pasos acercándose, hizo que los tres se volvieran para ver quién venía a interrumpir aquel bonito encuentro.

Era Claudia, del brazo de Marta y Adam.

Los chicos se miraron incómodos y Amanda, que sabía perfectamente quién era esa mujer, bajó la mirada.

—Pablo, Amanda, ¿por qué tardáis tanto? —Claudia se soltó del brazo de sus hijos para coger a sus nietos. Miró con gesto curioso en dirección a la tercera en discordia—. Hola, no me suena su cara, ¿conocía usted a Aarón?

—Sí.

—Encantada —respondió, tendiéndole la mano—. Yo soy su mujer.

“*Yo, el amor de su vida*”, quiso responder, pero si había guardado silencio durante los sesenta y cinco años que llevaba amando a ese hombre, podía tragarse sus palabras unos minutos más.

—Igualmente. Soy una vieja conocida —obvió su nombre, no quería dejar nunca cabo suelto.

—Chicos, ¿vamos a casa? —esta vez fue Marta quien interrumpió la escena—. La abuela necesita descansar y vosotros también.

—Sí, ya vamos —mientras su abuela, su madre y su tío se daban la vuelta y regresaban al coche, Pablo y Amanda se despidieron de su nueva amiga—. Cuídese, Amanda, ha sido un honor conocerla. Prometemos guardarle el secreto igual de bien que lo habéis hecho vosotros dos.

—Gracias —sonrió ligeramente con un breve movimiento de cabeza—. El honor ha sido mío.

Tras un afectuoso encuentro de sus manos, Pablo y Amanda echaron a andar rápido para alcanzar a su abuela, quien ya estaba montándose en el coche. Adam arrancó el motor y pusieron rumbo a su lujoso ático en un acomodado barrio madrileño; Claudia no pudo evitar pasar todo el camino mirando por la ventanilla, con la mirada ausente y pensando en aquella mujer. Sin duda, era ella. La había reconocido, después de escuchar hablar tanto de ella a través de la guitarra de Aarón. La mujer de la que no sabía su nombre, ni su procedencia, ni siquiera qué había significado en la vida de su marido ni en qué momentos se cruzaron sus caminos. Nunca quiso explicaciones, ni siquiera cuando encontró su foto y la volvió a guardar; ella era la primera que tenía mucho que callar, a fin de cuentas, todos somos el secreto y el error de alguien.

Y aunque no pudo evitar que le doliera saber que había compartido un pedacito del corazón de su marido con otra mujer, Aarón no pudo hacerle una prueba de amor más grande que decidir pasar cada uno de los días de su vida a su lado, hasta su último aliento. Y eso era suficiente.

Por su parte, Amanda decidió quedarse un ratito más junto a su Aarón. Ahora, junto a la tumba aún caliente de aquel hombre al que tanto amó,

comprendió que fue un error dejar en manos del destino lo que pudiera pasar.
Porque al final, lo que había pasado, era la vida.

EPÍLOGO

Roma, año 2.105

*“Volveremos a vernos.
En otros brazos, en otra piel, en otra vida.
Y te prometo que volveré a mirarte
como aquella noche
en la que las estrellas callaron por los dos”.*

El reloj principal del salón marcaba ya más de las siete de la tarde. Angelo hacía crujir sus nudillos sentado en el sofá, mientras esperaba a que Fabiana saliera del baño. Siempre igual. Le sacaba de sus casillas su impuntualidad, cinco años de convivencia aún no le habían hecho comprender cómo una mujer podía tardar tanto en arreglarse.

Era el día de su trigésimo primer cumpleaños y Fabiana había preparado una bonita velada para él. Primero, acudirían a una exposición de una artista emergente recién llegada desde Nápoles, para terminar la noche cenando en el Ristoriante Il Ponentino, en la Piazza del Drago, en pleno corazón del Trastévere, donde celebraron el primer cumpleaños juntos. No era el lugar más lujoso de Roma, de hecho, durante el almuerzo el Menú del Día atraía a turistas que huían de otros restaurantes asustados por el “*pane e coperto*”, pero para ellos era un sitio especial. Angelo cumplió veintidós años cuando la invitó a cenar aquí por primera vez, con motivo de su cumpleaños y tras apenas tres meses de relación, y ahora a Fabiana le parecía el sitio ideal para regresar casi una década después. ¿Enamorados como el primer día? Quizás más. O de una forma diferente. Ya no se amaban con esa intensidad de las primeras veces, pero sin duda lo que tenían ahora era mucho mejor.

El piso de la Vía Rasella donde vivían era un lugar de paso, un alquiler bajo que se podían permitir a pesar de encontrarse en pleno corazón de Roma, a tan solo doscientos metros de la Fontana Di Trevi. La fachada antigua revelaba lo que dejaba en evidencia su interior: era un apartamento ajado por los años, con demasiados siglos de historia a sus espaldas, pero que todavía resistía estoico el paso del tiempo. Era acogedor, templado en invierno y fresco en verano y les permitía desplazarse a pie hasta el trabajo, por lo que ya era mucho más de lo que podían pedir por su precio. Por supuesto, entre sus planes inmediatos de futuro, estaba mudarse a una vivienda mejor; una casa propia a las afueras que pudieran decorar a su gusto y donde ver crecer la bonita familia que querían construir.

Esperaban poder comenzar a cumplir sueños muy pronto. Fabiana, enfermera de profesión y de vocación, esperaba un inminente ascenso a responsable de urgencias, mientras que Angelo estaba a punto de cerrar un contrato más que generoso con una importante editorial. Le encantaba que su

imaginación fluyera a través de sus dedos y que el teclado de su ordenador fuera el espejo en el que sus palabras encontraran su reflejo. Últimamente se estaba especializando en el tema de la reencarnación; desde pequeño siempre creyó que el alma nunca muere, que vamos pasando niveles hasta llegar a nuestra última vida, algo así como las siete vidas de un gato. Su pasión por este tema lo había heredado de su padre y de los muchos libros que había leído sobre ello. El último, Historia de dos almas, una bella novela del siglo pasado en la que la propia Roma tiene un papel destacado. Pero sin ninguna duda a su casi obsesión por la reencarnación también contribuían las sensaciones que emanaban en su interior cuando veía determinados lugares en los que nunca había estado y que le despertaban sentimientos inexplicables, como si su alma hubiera estado ligada a ellos en vidas anteriores.

¿Qué cosas habría vivido en ellos? Y sobre todo, ¿cuántas vidas le quedaban? Tras muchas investigaciones sobre el tema, había llegado a la conclusión de que, ya que el alma nunca muere, vida tras vida seguimos amando a las mismas personas y las mismas cosas. Quien es artista, lo seguirá siendo en sus siguientes vidas, no necesariamente en la misma disciplina; igual que ocurre con aquellos que desean hacer un beneficio a la sociedad, profesores, médicos, psicólogos... En el caso de las personas, no siempre se manifiestan con el mismo rol. De hecho, Angelo aplaudía la teoría de que vida tras vida, vamos cambiando de parentesco hasta completar el círculo. Con una excepción. La otra mitad de nuestro corazón siempre corresponde a la misma alma, ya que ninguna otra encaja totalmente en nuestro puzzle perfecto. A veces, no se nos permite vivir la vida con ella, pero siempre, absolutamente siempre, la encontramos.

Las manecillas del reloj del salón habían pasado ya de las siete y veinte. Angelo resopló una vez más. Se levantó para coger las invitaciones de la exposición que iban a ver, si Fabiana decidía por fin que modelito ponerse, y volvió a comprobar la dirección. Hasta ahora no había pensado demasiado en aquel acto, ni siquiera sabía quién exponía. Había sido más bien un capricho de su chica, que le prometió compensarle con una cena en un sitio que le iba a encantar. Se fijó en el nombre de la artista y algo se removió en su interior: Alessia Acampora. Le sonaba de algo, pero... ¿de qué?

Cuando escuchó abrirse por fin la puerta del cuarto de baño y los tacones de Fabiana resonaron por todo el suelo de madera, respiró aliviado

guardando las invitaciones en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¡Ya era hora! Siempre me haces esperar.

—¿Pero estoy guapa? —dio una vuelta sobre sí misma, esperando ver la cara de tonto que siempre se le quedaba a su chico. Sí, justo esa con la que ahora la miraba.

—Muchísimo. Venga, que vamos a llegar tarde una vez más.

—Tranquilo, la galería está aquí al lado y no tenemos cita en el restaurante hasta las diez.

—¿Al restaurante vamos andando o en coche?

—En coche —vio como Angelo entornaba los ojos y riéndose añadió —: ¡Y no me preguntes más que al final vas a adivinar dónde es! ¡Vamos!

Tal y como le había prometido Fabiana, la galería de arte quedaba bastante cerca de su apartamento. Tras un corto paseo a pie, que se hizo especialmente agradable por las buenas temperaturas que Roma les regalaba aquella noche, llegaron a la entrada de aquel gran edificio que tal y como rezaba en el cartel de la entrada, acogía durante esos días una exposición escultórica temporal sobre Berlín.

En el interior del edificio, Alessia andaba nerviosa, de un lado a otro. Hacía apenas una hora que se habían abierto las puertas al público en el primer día de exposición y quería que todo saliera bien, que todo el mundo se sintiera cómodo y pudiera disfrutar de su arte. Se sentía muy cansada, pero la adrenalina del día del estreno se impuso a la flaqueza física. La noche anterior apenas había dormido, preocupada por si alguna de las piezas sufría algún daño durante el transporte, pero por suerte todo estaba en orden.

Aunque llevaba toda su vida dedicándose a la escultura en su Nápoles natal, primero como aprendiz, luego como ayudante y finalmente como artista en un pequeño taller que había alquilado junto al puerto, esta era su primera gran oportunidad. Exponer en Roma, el sueño de todo artista italiano. Si todo salía bien, sería el despegue de su carrera; no podía evitar no hacerse ilusiones con todo lo que se le podía venir encima.

Le hacía especial ilusión que la obra elegida hubiera sido aquella serie de esculturas que creó hace un par de años sobre Berlín. Figuras humanas que representaban magistralmente la majestuosidad de los edificios derruidos en el siglo XX y levantados de nuevo. Una ciudad que sabe regenerarse, que resurge

literalmente de sus cenizas, que se limpia el polvo de las piernas, se levanta y vuelve a la carga con más fuerza. Una ciudad con un gran empuje por vivir. Desde que descubrió en el Instituto la historia de Berlín, Alessia quedó fascinada. Le gustaba compararla con ese tipo de personas fuertes a las que si algo les tumba por un momento, no logran destruirlas si no que les sirve como aprendizaje para volver a la vida con más ganas. Había algo en Berlín que le atraía demasiado, a pesar de que nunca había tenido la ocasión de visitarla. Uno de sus muchos sueños pendientes.

Tras saludar a una pareja de desconocidos que la felicitaron por la genialidad de la obra, su marido, Piero, reclamó un instante de atención. Había viajado desde Nápoles con ella para acompañarla en este gran momento y sobre todo para controlar sus emociones cuando notara que los nervios se apoderaban de su pequeño cuerpo.

—¿Te acerco un par de canapés? He visto pasar una bandeja con unos enrolladitos de salmón ahumado y pesto que te encantarían.

—Si sobra algo cuando terminemos, asalto el carrito si hace falta —respondió riéndose mientras se tocaba la tripa con sus manos en señal del hambre que tenía—, pero ahora no quiero entretenerme, quiero estar con el público.

—Relájate, todo está saliendo muy bien y la gente parece encantada. Disfruta del momento.

Le dio un beso en la frente y se apartó unos metros para ir en busca de los mini vasitos de pollo teriyaki que acababa de ver pasar hacía solo unos segundos. Alessia se giró y se topó con un par de periodistas que decían ser de la prensa local. Aceptó realizar un pequeño streaming en directo para el portal de comunicación, agradeciéndoles inmensamente que se interesaran por ella a pesar de ser un medio pequeño. Hacía tiempo que los periódicos impresos habían desaparecido y las posibilidades del mundo digital por fin se estaban explotando al cien por cien. Alessia era una de esas defensoras del papel, pocas pero aún quedaban, especialmente la gente de su edad que había vivido justo en la frontera entre el fin del mundo de papel y la imposición de los contenidos digitales.

Eran casi las ocho de la tarde. Angelo y Fabiana comenzaron a pasear

por la bonita exposición. Incluso a él, que no entendía mucho de escultura, le fascinaron aquellos diseños. Eran la perfección hecha realidad.

Alessia se encontraba de espaldas a ellos, comentando una de las obras que representaba el Checkpoint Charlie con un par de blogueras de moda, más interesadas en el camarero que ya les había servido dos copas de vino espumoso que en la exposición en sí.

De pronto, alguien llamó la atención de Fabiana.

—¡Fabiana! No puede ser verdad, ¡cuantísimo tiempo!

—¿Piero? ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por Roma?

—Soy el marido de la artista —respondió con una evidente mueca de orgullo.

—Eso es genial, nos están gustando mucho sus obras, tiene muchísimo talento —volviéndose hacia su pareja, que hasta ahora había permanecido en un segundo plano, les presentó—: Oh, perdona, te presento a Angelo, mi chico.

—Encantado, Angelo, es un honor que hayáis venido.

—Igualmente, como dice Fabiana, es impresionante esta exposición sobre Berlín. Es una ciudad que me llama mucho la atención pero nunca la había visto reflejada así.

—Os lo agradezco, ahora se lo decís a ella que le va a hacer mucha ilusión.

—Piero y yo nos conocemos desde pequeños —Fabiana intervino de nuevo para poner a su chico en antecedentes—. Nuestras familias son grandes amigas y cada verano coincidíamos en la casa que mi tía Antonella tenía en Motril, en el sur de España. ¿Sigues viviendo en Nápoles? ¿También eres artista?

—Sigo en Nápoles, sí —y riendo, continuó—. Pero no, siento comunicarte que la única artista de la familia es ella. Yo dirijo una empresa pequeña de marketing. ¡Qué pena que mi familia dejara de ir los veranos a España! Tengo muy buenos recuerdos de esa etapa.

—Sí, fueron tiempos muy buenos. ¿Cuántos años teníamos la última vez que nos vimos? ¿Nueve, diez?

—Más o menos, sí —en cuanto vio que su mujer se quedaba libre, llamó de nuevo su atención para que se uniera al grupo—. ¡Alessia! Ven, te quiero presentar a unos amigos. Ella es Fabiana, ¿recuerdas lo que te he contado tantas veces de los veranos en España? Es la sobrina de Antonella. Y

él es... ¿Angelo me habías dicho? Perdona, soy malísimo con los nombres.

Angelo, que había perdido la atención por un momento admirando una pieza sobre Alexanderplatz, asintió mientras giraba la cabeza volviendo a poner su atención en la conversación.

Y entonces, la vio.

En su interior, se despertó una fuerza que escapaba a todas las razones de la lógica. ¿Qué estaba sucediendo? Los ojos de Alessia se encontraron con los suyos e inexplicablemente quedaron sostenidos por un magnetismo que nunca podrían explicar. Por un instante, el mundo exterior desapareció: no había ruido, no había gente, nada. Tan solo ellos dos y la magia de dos corazones que se vuelven a encontrar. El puzzle se había completado. Sus relojes vitales movían sus manecillas de forma descontrolada, tratando de ajustar su ritmo, pero algo iba mal. Había vuelto a ocurrir: una vez más, habían llegado tarde a sus vidas.

Alessia fue la primera en recuperar el sentido de la realidad y extendiéndole la mano, se presentó ante aquel desconocido:

—Encantada, soy Alessia. Gracias por venir.

—Angelo, es un placer. Todo esto es... Maravilloso.

No podían dejar de sonreír. Alessia no entendía lo que ocurría, mientras que Angelo, empezaba a sospechar algo. *“Así que son reales esas teorías que se cuentan sobre la reencarnación...”*, pensó. Era incapaz de recordar nada pero, si se esforzaba, podía llegar a escuchar el aleteo de las mariposas de su interior. Y aquello tenía que significar algo.

Piero y Fabiana se apartaron para buscar más canapés de queso Parmigiano; Alessia, se giró para volver a su mundo real, pero la curiosidad le pudo más y, volviendo la cabeza de nuevo hacia el hombre que tenía delante, entornó los ojos con gesto curioso y le preguntó:

—Perdona... ¿nos conocemos de algo?

Angelo esbozó la sonrisa más bonita que te puede dedicar una persona y con calma, le respondió:

—Tal vez... de lo que nunca fue.

—**FIN**—